



Día de
San Valentín
de...

Lisa Aidan

**DÍA DE SAN VALENTÍN
DE... 3**

Lisa Aidan

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Día de San Valentín de...3*

© *Lisa Aidan*

Publicado en enero 2018

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Maquetación: *Alexia Jorques*

Día de
San Valentín
de... 3

Lisa Aidan

*“Te amo para amarte y no para ser amado,
puesto que nada me place tanto como verte a ti feliz.”*

George Sand

Agradecimientos

Apenas puedo creer que nos encontremos aquí, frente a la tercera edición de esta antología que no es otra cosa que una oda al amor.

Hay tanto por lo que estar agradecida que se hace difícil condensar todo ello en unas pocas líneas.

Vosotros habéis hecho posible este libro, con vuestro apoyo, vuestra sed de lectura y vuestras ganas de saber más acerca de los personajes de mis novelas.

Como una protagonista de novela me sentí hace ya doce años y, a día de hoy, vivo en ese maravilloso y eterno epílogo del final de la historia junto a mi coprotagonista, mi compañero, mi cómplice y mejor amigo a quién dedico este libro en una fecha tan especial y señalada para nosotros y nuestra aventura en común.

Gracias por continuar alentando mi locura y por compartir la tuya conmigo.

Y a vosotros, lectores, os deseo que os sintáis amados como merecéis y que améis sin miedos ni reservas, porque no hay nada que, siendo regalado, llene más.

Índice

[Agradecimientos](#)

[Sandra](#)

[Craig y Becca](#)

[Josh](#)

[Allie y Dylan](#)

[Gin](#)

[Alex y Brendon](#)

Sandra

Hacía unos ocho años que Sandra compartía piso con la siempre delgada Silvia, de ojos pardos casi como el pelaje de un oso, su estómago bien podría ser el de uno porque por más que comiera, y no era de las que tenían miramientos por las calorías, siempre permanecía en el mismo rango de peso, y con Marta, la amiga alta y rubia del grupo, esa a la que nada más pisar una discoteca, el resto de mujeres odiaba automáticamente. Las dos eran modelos y actrices cuyas carreras había dado una buena vuelta de tuerca durante el año anterior.

Decidieron viajar juntas a varios castings en otros países de Europa y se apuntaron en agencias de modelos internacionales, dentro y fuera de España, sus agendas empezaron a llenarse poco a poco, más que antes, con trabajos mejor remunerados. Claro que, desde entonces también debían viajar más.

Andrea, otra de sus amigas y a la que parecían haber adoptado pues pasaba más tiempo allí que en su casa, también había visto cómo la vida empezaba a sonreírle de nuevo los pasados meses. Encontró trabajo de lo suyo, era diseñadora gráfica; al principio fue algo temporal, pero luego empezaron a llamarla de anteriores trabajos para que realizara tareas aquí y allá, los clientes que pedían sus servicios cada vez eran más importantes y terminó fichando por una empresa extranjera que pagaba la mar de bien. Y no tenía que desplazarse por lo que acabó instalando oficialmente un despacho en su casa.

Había vuelto a cambiar su color de cabello, ahora lo llevaba morado claro con mechas rosas y violetas, más oscuras conforme se aproximaban a la raíz, y como aquel color conjuntaba con sus ojos azules, había dejado de usar las lentillas. Al menos durante un tiempo. O eso decía ella.

Con Becca triunfando como autora de éxito internacional en Estados Unidos, su grupo parecía pasar por un bache separacional importante. Está bien, de acuerdo, aquella palabra no existía, pero debería.

Sandra sentía el vacío de sus amigas cada día, mientras en su trabajo todo se mantenía exactamente igual. Era administrativa en un bufete de abogados y eso estaba bien, era un trabajo fijo, estable, seguro y todo eso pero sin ningún aliciente. Y la falta de las locas de sus amigas alrededor, encerradas en sus propias burbujas laborales, hacía tiempo que había creado un hueco en su vida muy difícil de rellenar.

La primera en volar fue Rebecca, le siguieron las modelos Marta y Silvia y lo de Andrea fue algo más paulatino pero ella... permanecía allí, estancada, anclada a su vida de nueve a seis. Al lado del suyo, cualquier trabajo parecía más

emocionante.

La separación de su grupo, momentánea, se repitió, le había hecho pensar y darse cuenta de algunas cosas; en primer lugar: de lo mucho que dependía de sus amigas para casi todo. Desde hacer las compras, pensando en sus preferencias, a encargar comida a domicilio o ir de tiendas.

Estaba muy sola también, eso era algo a lo que, hasta entonces, no prestó ni la más mínima atención, no le había dado importancia siquiera. Si tuviera un novio, al menos podría compartir sus cosas, sus secretos, sueños y trivialidades con alguien más aparte de las chicas.

Su vida junto a ellas tenía todos los condimentos que echaba de menos; sin ellas, era monótona y sin chispa.

—Sandra, ¿acudirás a la fiesta de la oficina este año?

—¿Eh? ¿Qué fiesta?

—La de San Valentín, mujer. Ya sabes que al nuevo jefe le agrada mantener las tradiciones de su otra sucursal y hermanarlas de ese modo. Dicen que este año será mejor que la del año anterior.

Era cierto, ese había sido un cambio. Hacía cinco años los puestos de trabajo de todos en la oficina pendieron de un hilo al conocer que un grupo extranjero quería comprar la empresa para la que trabajaba. Sus anteriores jefes cogieron la pasta y, como ella predijo, salieron corriendo sin echar la vista atrás ni mirar por sus trabajadores.

Por suerte, el nuevo dueño cubrió sus pagas extras, a pesar de no tener necesidad alguna de hacerlo. Desde ese momento se convirtió en el héroe trajeado de cada persona del despacho. Lo idolatraban aunque no lo hubieran visto nunca.

De hecho lo único que hizo fue traer a un director de su sucursal en Atlanta. ¿Qué llevaba a un hombre, un abogado, rico de Atlanta a comprar una empresa mediana de abogados? Era un misterio que estuvo en boca de todos mucho tiempo, pero en la actualidad nadie se lo cuestionaba. Bajo la tutela del nuevo director, habían crecido e incluso aumentaron la plantilla y el número de clientes. Algo debían estar haciendo muy bien.

Con todo, por mucho que eso hubiera sucedido cinco años atrás, sus compañeros de oficina lo seguían llamando: El nuevo jefe. Y ahora llegaba de nuevo esa fecha del año en que todos los trabajadores estaban invitados a una fiesta el día de San Valentín.

Sandra solía escaquearse de asistir y lo celebraba con las chicas, saliendo a tomar algo o quedándose en casa para ver una maratón de películas románticas con litros de helado y pañuelos.

Pero ese año... Ni siquiera sabía cuándo volvería a verlas de nuevo.

—Lo pensaré.

—Ah, es verdad. Seguro que tus amigas y tú salís a quemar la ciudad esa noche —repuso Adela, su compañera más veterana, una mujer de casi cincuenta años con uno de los espíritus más jóvenes que había conocido.

—En realidad todavía no lo... sabemos.

Se dio cuenta a tiempo de que si decía de buenas a primeras que no tenía plan alguno, era muy posible que se viera arrastrada en contra de su voluntad a la fiesta de la empresa y no quería verse en ese brete, por lo que reaccionó a tiempo decorando un poco su respuesta tras un momento de duda.

—Está bien, estaría muy bien que vinieras. Así podrías asistir por primera vez, creo que eres la única de toda la oficina que no ha ido nunca.

—No será para tanto...

Lo cierto era que toda la oficina hablaba y especulaba acerca de la fiesta. Era algo continuo, el tema de conversación favorito de sus compañeros, aunque ella no era capaz de inmiscuirse en toda aquella excitación y dicha, mucho menos desde que era consciente de cuán insignificante e insulsa era su vida.

Ya en casa el catorce por la tarde, había hecho una compra de varios litros de helado y buscó en la televisión de pago algunas películas para ver más tarde. No pensaba salir. Decidió que lo mejor sería rebozarse un poco en su patético dolor y en su soledad.

Si pensaba en ello no era la única que tendría un día de los enamorados de pena. Rebecca había llamado, se dirigía a Italia para una reunión de trabajo con su agente que ya la esperaba allí. Si había algo peor que estar solo, era tener pareja y estar cada uno en una parte del planeta pasando aquel día, dedicado al amor, separados por miles de kilómetros como le ocurría a su mejor amiga.

En pijama, escogió uno de los sabores de helado y se tiró en el sofá dispuesta a dejar pasar el resto del maldito día. Se sentía empachada del dichoso Valentín. Su empresa hacía una semana que estaba decorada con corazoncitos y querubines aquí y allá.

El teléfono sonó, detuvo la película pulsando el botón de pausa, clavó la cuchara en el helado de vainilla con cookies que estaba comiendo como si fuera la Bridget Jones española y respondió sin muchas ganas.

—¡Sandy! Que la reunión era una tapadera. ¡Craig acaba de pedirme que me case con él!

—¡No jodas!

—Se compinchó con Astrid para sorprenderme. Ay, Sandra, soy muy feliz ahora mismo.

—Se nota, cielo. Me alegro mucho por ti. Disfruta.

Aquello era grande, muy grande. ¿Qué tío movía medio mundo para pedir la

mano de una mujer? Pues uno verdaderamente enamorado.

¡Qué romántico! ¡Qué bonito!

¿Y por qué narices era ella la que lloraba?

Estaba realmente feliz por su amiga pero de alguna forma el vacío en su pecho aumentó. Cuando colgó, vio su reflejo en las puertas correderas que daban al balcón y se vio, en pijama y despeinada.

Miró a su alrededor y el helado entró en su campo de visión, la película, el sofá, su piso y, de pronto, le resultó pequeño, asfixiante. Decidida, apagó la televisión y puso la tapa al helado antes de llevarlo de vuelta al lugar del que no debería haber salido, el congelador.

Fue al baño, directa al plato de ducha, luego rebuscó en el armario de sus amigas modelos por un vestido que le cupiera y que fuera bonito puesto que en el suyo solo disponía de ropa de lo más normal y aburrida para su día a día en el despacho.

Encontró un vestido negro de efecto drapeado con falda de tubo, elástico, pensó que de esa forma no debería resultarle demasiado estrecho. Mientras le permitiera respirar, le valía. Se lo probó y, por alguna suerte de conjuro, le quedaba perfecto; el escote en uve resaltaba su pecho de un modo que, incluso ella, se sorprendió pensando que no recordaba tener tantas tetas.

Tomó prestadas unas medias de Silvia, una de aquellas para las que la modelo solo tenía elogios y comprobó cómo su trasero parecía más firme al terminar de subirlas. Observó el efecto en el espejo de cuerpo entero del armario de su amiga. Con el cabello mojado parecía una loba hambrienta.

Siguiendo los consejos que sus amigas le habían inculcado a base de repetírselo, se maquilló como una profesional, en tonos dorados. Luego se apoderó del secador y la plancha eléctrica de Marta, secó su cabello y procuró hacerse ondas en él como tantas veces les había hecho a las chicas. Por último recogió su cabello en una maraña en la parte superior de la nuca con horquillas dejando algunas ondas de cabellos sueltas, aplicó laca y ya estaba lista.

Finalmente se calzó unos Ferragamo negros de los que se encaprichó un día con la excusa de que, tal vez, podría usarlos para el trabajo, cosa que nunca hizo, y un bolso negro de Gucci que encontró en una tienda vintage, cuya correa era, de hecho, una cadena.

Fue al espejo de nuevo, para comprobar el efecto general. Parecía una mujer de mundo, una de aquellas que solía ver en las revistas. Con una sonrisa de oreja a oreja salió a tomar un taxi antes de arrepentirse de la decisión que había tomado y se dirigió a la fiesta que su oficina organizaba en su propia azotea.

Pidió al taxista que la dejara en la esquina de la calle del edificio en el que trabajaba. Enfiló la calle a pie, subiendo hacia la entrada; desvió su mirada hacia

el escaparate decorado de la acera de enfrente y pensó que podría vomitar o que podría aparecer un sarpullido en su piel debido a tanta exposición a aquellos dichosos corazones rosas que impregnaban todo. Sintió reverberar su cuerpo desde el hombro, alguien chocó con ella. Se volvió a tiempo de ver a un tipo con el teléfono pegado a la oreja que ni alzó la cabeza, ni se volvió; no se había inmutado.

—¡Podrías disculparte por lo menos, capullo!

Nadie pensaría que estuviera del mejor de los humores para celebrar el amor aquella noche. Estaba a punto de llegar cuando vio a un coche que se detenía delante, de él bajaba una pareja muy elegante que no reconoció. Entonces, alguien apareció de la nada, corriendo, solo tenía claro que procedía de calle arriba.

Se abalanzó sobre la mujer, lanzando un codazo a la cara del hombre cuando trató de detenerle y arrebató el bolso de noche de la mano de ella dejando a la pareja estupefacta observando su huida. La figura, encapuchada y vestida de negro por completo corría en ese momento directamente hacia ella.

En un arrebato de no supo muy bien qué, bajó el bolso de su hombro, agarró la correa con fuerza y lanzó el objeto de abajo hacia arriba con fuerza, hacia la cara del ladrón.

Este cayó de espaldas dejando ir el bolso usurpado a la fuerza. Sandra sintió que la miraba airado, aunque no podría afirmarlo puesto que solo su barbilla quedaba al descubierto. El tipo trató de coger el bolso caído a un metro escaso de donde lo había postrado mientras se levantaba.

—Ni se te ocurra, amigo —amenazó con tono acerado, dispuesta a golpearlo de nuevo si fuera necesario.

Durante un tenso momento pensó que, si el tipo se le abalanzaba, no sabría qué hacer, pero mantuvo su expresión impertérrita. Cuando alguien gritó y comenzó una carrera para capturar al ladrón, este huyó entre los coches.

Sandra recogió el bolso de la mujer, con paso firme se dirigió hasta donde se encontraba, abrazada a su acompañante y lo devolvió a su dueña. La joven, una mujer rubia con el cabello rizado en pequeños tirabuzones que le conferían un aspecto irreal, casi etéreo, a sus facciones finas y estilizadas, incluso su nariz era diminuta; más que poseer puente en ella, parecía tener un vértice en mitad de la. De todas formas su rostro le recordó al de Nicole Kidman cuando la actriz era una joven modelo todavía.

En cambio, el hombre era algo más robusto de lo que aparentaba de lejos. Se preguntó cómo un simple codazo en la cara pudo repelerlo. Alejó ese pensamiento rápidamente; por supuesto, fue toda una sorpresa el que alguien se les echara encima nada más bajar del coche.

Mientras, en aquel momento, dos tipos trajeados habían salido en busca del tipejo. Aquella situación era, sin duda, inverosímil y, de algún modo, extraña.

—Gracias, muchas gracias.

La joven habló en castellano, aunque resultaba evidente que no era su idioma natal.

—De nada. Menos mal que la correa aguantó —dijo ella dedicándole una sonrisa.

—Oh, es un... Tu Gucci. ¿Se ha dañado?

—No. No, para nada, no te preocupes.

—Has sido muy valiente —Sonrió la desconocida, agradecida.

—No ha sido nada.

—Nos dirigíamos a una fiesta.

—Ah, ¿sí? Yo también, aquí —señaló el edificio a su lado—, esta es la empresa en la que trabajo.

—Qué maravillosa coincidencia —dijo el acompañante de la muchacha, pero por algún motivo que no comprendía detectó tirantez en el tono del hombre.

Entraron en el edificio, sorprendidos aún por la situación que acababan de vivir en plena calle. Martina, así le dijo la mujer que se llamaba, le explicó que estaba invitada a la fiesta de su empresa por su hermano. Y que su novio, Ernest, la había acompañado y que lo hacía habitualmente desde que alguien robó en su apartamento unos pocos meses atrás porque no le gustaba que estuviera sola. Qué tierno por su parte, se dijo.

Llegaron a la última planta del edificio de oficinas, aunque para acceder a la azotea debían ir hasta el otro lado y tomar las escaleras que en el día a día permanecían cerradas.

Perderse no era una opción ya que todo el camino se encontraba marcado por una suntuosa alfombra roja y unas cintas blancas a los lados con corazones rojos cada metro y medio ejerciendo de barrera.

Se ofreció a ayudar a la pareja a encontrar al hermano de Martina; nada más cruzar la puerta se encontró con una visión que no hubiera esperado ni en un millón de años. El lugar parecía una fiesta de la alta sociedad americana, de esas que tantas veces había visto en las películas y con las que había incluso soñado. A punto estuvo de frotarse los ojos para asegurarse de que no fuera un sueño.

No habían dado ni dos pasos, absortos en la búsqueda del hermano de ella entre la multitud cuando la puerta se abrió a sus espaldas.

—¡Brother! —El grito de júbilo de Martina fue emitido en un inglés ligeramente distinto al que ella estaba acostumbrada a escuchar y utilizar por motivos de trabajo.

Supuso que por ese motivo tardó un poco más en reaccionar.

—Genial, me alegra que os hayáis podido encontrar —Empezó a retirarse para dejarlos a solas.

La cara del hombre al que Martina llamaba hermano le resultaba vagamente familiar, supuso que, en alguna ocasión, debían haberse encontrado por la oficina. Se despidió discretamente, pero una voz autoritaria la detuvo.

—Alto ahí, señorita.

Se giró solo para comprobar lo que ya sospechaba, se refería a ella. Sandra tragó saliva. El hombre poseía el cabello del mismo tono de rubio que su hermana, aunque el suyo era lacio y cortado en un estilo masculino de lo más atractivo. Sus facciones eran finas y alargadas como las de Martina, pero en la versión del sexo contrario, aunque su nariz era como tres veces más ancha que la de ella y sus ojos, a pesar de ser azules en el mismo color exacto, se veían tan distintos...

—¿Yo? —Señaló su propia cara como si no creyera que le estaba hablando a ella.

—Sí. Acérquese —dijo el recién llegado—. No queremos montar un espectáculo —añadió con una extraña sonrisa.

¿De qué iba todo aquello?

El tipo se dio la vuelta y con un gesto les pidió, no, les ordenó, que lo siguieran.

Regresaron al interior, al pie de las escaleras. Allí dos tipos, grandes como armarios, sujetaban al hombre que vestía igual que el que, minutos antes, había tratado de robar el bolso de Martina. La mujer se llevó una mano a los labios, asustada, y se aferró a la pechera de Ernest, su novio.

¿En qué se había metido por pretender ayudar a otros?

—¿Es este el hombre al que tumbó con su bolso en la calle?

El hermano de Martina lanzó la pregunta hacia ella que lo encaró de frente, sintió un escalofrío cuando sus ojos le devolvieron una mirada glacial. Desvió su atención al sujeto que se sabía capturado, este le lanzó una oscura mirada de rabia que haría que cualquiera se acobardara, sin embargo, no funcionaría con ella. No después de haber recibido la del otro hombre, su captor.

—Lleva la misma ropa, pero no pude verle la cara. Solo la barbilla —dijo al fin.

A un gesto del hermano de Martina, uno de los hombres que sostenían al posible ladrón, le colocó la capucha como la había llevado antes. Sandra se fijó en su barbilla. Era él.

—Sí, es él —confirmó.

—Bien —El hermano de Martina sonrió de un modo peligroso antes de volver su atención sobre el acompañante de esta—. Ernest, acompaña a mis

guardaespalda fuera, por favor.

Ambos hombres se miraban con un odio curdo y palpable.

—¿Ernest? —preguntó confusa Martina. Sandra se cuestionaba lo mismo. Estaba claro que allí ocurría mucho más de lo que ella querría saber—. Luther, ¿qué ocurre? Ernest es inocente. Se llevó un codazo por tratar de defenderme —expuso la mujer al borde de la desesperación.

La muchacha había comenzado a hablar en inglés, por suerte Sandra hablaba el idioma de forma fluida y no precisaba de nadie que le tradujera.

—No, hermanita. Tu novio estaba asociado con esta comadreja. Y tengo las pruebas que respaldan mis palabras.

—No puede ser —replicó la mujer compungida.

—Fue quién ordenó que entraran en tu apartamento.

—¡Mientes! Di que miente, Ernest. ¿Cariño?

El hombre no abrió la boca, se dejó arrastrar por dos guardaespaldas tipo armario hacia el ascensor, los otros dos se llevaron al ladrón.

Entonces el tal Luther, el hombre frío que había resultado ser hermano de Martina, una mujer de lo más dulce, o esa fue la impresión que tuvo de ella, se volvió hacia ella mientras abrazaba a su hermana que se deshacía en lágrimas contra su pecho al tiempo que lo golpeaba. Debía admitir que la fuerza que pudiera ejercer en aquellos golpes no parecía ser suficiente ni para aplastar a una mosca, aun así, la escena era la que era.

Se dirigió a ella en castellano, como hizo antes.

—¿No me reconoce, verdad?

—¿Reconocerle? Su cara me resulta algo familiar —reconoció—. Sin embargo, lo lamento, creo que no nos conocemos —negó con la cabeza incapaz de apartar sus ojos de los suyos. Ya no había odio, solo tristeza, el frío había dejado paso a un intenso dolor. Sufría por su hermana, comprendió.

—Claro que debe conocerte, siendo el jefe de todo este lugar —advirtió su hermana secándose la nariz con un pañuelo de papel.

¿El jefe? ¿Ese hombre, Luther era su jefe? ¿El americano? Ay señor, aquello empezaba a parecerse a una película.

—Nos cruzamos antes —dijo él. Sandra lo miró contrariada, no recordaba haberse cruzado con él en su vida—. En la calle —especificó.

Entonces cayó en la cuenta.

—Oh, Dios —cerró los ojos, recordando el momento, rememorando lo que le había dicho, asumiendo que tendría consecuencias—. Mi jefe es el capullo —dijo sin poder retener las palabras que emergieron de su boca.

—El mismo. Encantado de conocerla...

—Sandra Hueste. No me despida —habló sin controlarse, de nuevo. Sabía

que era tarde para disculparse, pero no quería perder su fuente de ingresos por algo como aquello.

—No lo haría, ha ayudado usted a mi hermana. Merece una recompensa.

Se acercó a ella rodeando a Martina todavía con un brazo posado con confianza sobre sus hombros. Sin que pudiera prever lo que ocurriría a continuación, se detuvo a su lado, observó pasmada cómo sostuvo su barbilla con tres dedos haciendo que volviera el rostro hacia él y la besó.

Un beso sin más que terminó igual que había empezado, de la nada.

Permaneció allí, todavía paralizada, viendo a la pareja de hermanos marchar escaleras arriba, en dirección a la fiesta.

—Feliz San Valentín.

Escuchó que le deseaba la voz de Luther desde la puerta de la azotea.

¿Qué diablos... había sucedido?

Cuando reaccionó por fin, se llevó una mano a los labios. Podía sentir todavía la calidez allí donde sus bocas habían estado unidas.

—Pues... Feliz San Valentín.

Y con una repentina necesidad de beber algo que llevara mucho alcohol, regresó ella también a la fiesta dispuesta a olvidar lo ocurrido esa accidentada noche hasta el momento.

Fin

Craig y Becca

Desde los acontecimientos de la mañana de aquel día en que un lunático por poco sesga la vida de la mujer que amaba frente a sus ojos, el calendario había sido frenético tanto para Craig como para Rebecca. Debido a sus respectivas carreras había muchos frentes que atender en el terreno laboral.

La autora fue solicitada para conceder entrevistas a varios medios de comunicación, sin duda, el morbo de ser una escritora famosa atacada por segunda vez en un corto espacio de tiempo, hacía las delicias de la prensa de cualquier género.

Becca decidió vender la casa, por la que alguien pagó mucho más de lo que ella pedía en un principio. Y adquirió otra, en una urbanización apartada, donde instaló un nuevo sistema de seguridad e incluso contrató a un equipo privado para evitar incidentes como los que había vivido recientemente.

Aretha, su ama de llaves, se restableció por completo y continuó trabajando para ella a jornada completa. Podía palpase el aprecio que se tenían en el trato que se profesaban.

Por su parte había pasado el último mes del año anterior y el primero del actual en Irlanda a causa del rodaje de una producción para la pequeña pantalla. Regresó a Los Ángeles tres días en todo ese tiempo: para Nochebuena, Navidad y para la noche de fin de año.

Únicamente pudo coincidir con Becca unas horas en Navidad y eso fue cuando la fiesta en casa de Josh llegaba a su fin. La escritora había llegado a altas horas a causa de un retraso en su vuelo desde Nueva York a dónde había tenido que asistir a una importante reunión.

Haber estado separados la mayor parte de su incipiente relación, tenía a Craig en un estado constante de miedo dadas las preocupaciones y dudas que ella declaró tener, aunque después del segundo atentado contra su vida Becca aclaró sus ideas respecto a ellos y decidió, de una vez por todas, oficializar su relación.

En Hollywood era algo difícil, hartó complicado, mantener una relación estable; y a eso se le sumaba el hecho de que su mujer conocía de sobras ese punto y debía ser testigo, además, de cómo se besaba con otras debido a su trabajo...

Esa faceta de su profesión no le había importado antes, pero en la actualidad lo tenía consternado. No habían comentado nada respecto a ese tema en concreto puesto que se daba por hecho en el mundillo, sin embargo, durante años escuchó

a compañeros de trabajo, tanto hombres como mujeres, quejarse de la posesividad de sus parejas y de los indeseados celos que verlos besar a otros provocaba en ellos. Y lo nefasto que ello era para la relación.

Él nunca fue celoso con Gin o con sus anteriores parejas, parejas. Y sí, algunas de esas relaciones se rompieron porque ellas adujeron no poder soportar ser la novia de un actor. En cierto modo era irónico que fuera en ese momento cuando pensaba en ello y no anteriormente. En la actualidad, lo que le preocupaba era que Rebecca se sintiera del mismo modo con su profesión que sus anteriores parejas, aunque estas fueron mucho menos importantes para él de lo que era la escritora.

Como fuera, prefería quedarse con lo bueno. Ese era un ejercicio que había aprendido a hacer mucho antes de que su carrera despegara y realmente funcionaba. A pesar de que hacía unos pocos meses desde que salían, y de que ambos tenían carreras altamente absorbentes, se las apañaron para no perder la comunicación en ningún momento. Siempre había un momento para enviar un mensaje, benditas aplicaciones de las nuevas tecnologías.

En cuanto a las llamadas, se tornaba algo más complicado, puesto que no solían coincidir en horarios y, ciertamente, tampoco deseaba interrumpir los momentos de inspiración de ella, tan volcada en su arte como sabía que estaba.

Así que siempre acordaban una fecha y una hora para hablar por *Skype*. Allí donde estuvieran, programaban una alarma en sus agendas y no faltaban a la cita.

Los primeros días de Febrero habían empezado a pasar rápido en el calendario y Craig empezaba a ponerse nervioso. Desde sus fallidas primeras Navidades como pareja, hizo una recapitulación de fechas que para él era importante pasar junto a Rebecca. La más próxima en el calendario era San Valentín así que desde aquel momento, se dedicó a pensar en el modo de sorprender a su pareja y de poder estar a su lado.

El haber estado a punto de perderla meses atrás a manos de dos individuos seriamente perturbados y habiendo sufrido la muerte de una persona tan cercana, le abrió los ojos completamente. Amaba a Rebecca Hawkes. Deseaba ser el hombre junto al que ella despertara una mañana cuando tuviera setenta y cinco u ochenta años y, con una sonrisa, acariciara su rostro ya arrugado y ajado por el paso del tiempo antes de darle un beso de buenos días.

Así fue como en Enero, nada más dar la bienvenida al nuevo año, empezó a buscar el regalo perfecto para el 14 de Febrero: una alianza para pedir su mano en matrimonio.

Fue una decisión que, aunque acudió a su mente en el calor del momento, fue meditada más tarde y, cuanto más pensaba en ella, cuantas más vueltas le

daba, mejor le parecía.

—Señorita Write, mire aquí por favor.

—¡Aquí! ¡Aquí!

Ah, hacía tiempo que su vida había dado un giro de ciento ochenta grados. Ser el centro de atención no estaba mal, hasta cierto punto, pero había llegado a uno en que estar en boca de todos era menos que agradable.

Una cosa era ser reconocida por su talento, por su obra, eso era genial, lo reconocía. Otra cosa muy distinta era ser perseguida, fotografiada y juzgada por cualquier pequeña cosa que hiciera, por cómo se viera o por con quién pasaba su tiempo libre.

Su nueva ayudante, Astrid, una joven que se desenvolvía a las mil maravillas y con la que había tenido la suerte de encajar a pesar de sus reticencias a hacerlo en un principio, se posicionó a su lado en cuanto avanzó en el *photocall* y dejó de ser la persona a la que todos los periodistas y medios concentrados en la entrega de premios a la que debía acudir aquella velada.

—Ha llamado Sandra y dice que le diga de su parte y de sus amigas españolas: ¡A por ellos, cómetelos, chica! —Hablabla cerca de su oído para que la conversación quedase como lo que era, privada. Sin embargo, aportó el énfasis del que, estaba segura, su amiga había hecho gala.

—¿Sandy? ¿Ha llamado, ahora?

Se volvió ligeramente para recibir una confirmación visual de su asistente afirmando con la cabeza mientras avanzaban hasta la persona que les indicaría la mesa que debían ocupar una vez en el interior de la sala.

—Sí.

—Pero si allí deben de ser como las... ¿Tres, las cuatro de la mañana? —pensó en voz alta.

—La una de la madrugada. Estamos en Nueva York ahora, no en Los Ángeles —aclaró Astrid a modo informativo.

—Tienes razón. Mi cabeza ya no da para tanto cambio horario. Apenas me da ya para el trabajo... —Se lamentó mofándose de sí misma.

—Para eso me tienes a mí.

Un miembro de la organización se acercó a ellas e inició una conversación que Rebecca denominaba ‘de ascensor’: Impersonal, atemporal e intrascendente. Poco después alguien se aproximó a preguntarle a su interlocutora al oído algo que no escucharon y aprovecharon el momento para disculparse, despedirse y continuar su avance.

—Todavía existen almas caritativas... —Se dijo.

A lo que su ayudante respondió con una risa disimulada a fuerza de voluntad.

Tardó varios minutos pero finalmente empezó a entrar en el ambiente y a sentirse más relajada, más a gusto, y pudo cruzar opiniones y puntos de vista con algunos compañeros de profesión, tanto con prominencias, como con nuevas promesas. Así como con aquellos cuyo nombre quedaba grabado en la mente colectiva a base de verlos publicando una y mil veces un libro detrás de otro.

Al término de la noche era dueña de un nuevo premio para su trayectoria y reconocimiento profesional. Los premios, le gustaran a una o no, otorgaban al galardonado prestigio. Aunque fuera, en parte, a pesar de las conocidas manipulaciones de algunos miembros del sector.

Por ese motivo recibir el de aquella noche, en el que las nominaciones y posteriores votaciones, provenían de parte de otros profesionales del medio, suponía un orgullo enorme para ella. Entre los galardones a los que más valor daba Becca se encontraban aquel y el del público. Aunque siempre procuraba mantener la cabeza sobre los hombros y los pies en el suelo.

Lo cierto era que, desde que su carrera despegó en Estados Unidos, había sido bendecida con multitud de premios a los que, hasta entonces, le había sido imposible llegar a soñar siquiera. Incluso en su tierra, donde despuntar en el sector literario era prácticamente una misión imposible, le concedían premios actualmente.

Llegó al hotel en el que se alojaba, tanto la gerente como el recepcionista la felicitaron por su éxito más reciente, detalle que agradeció de corazón. Algunos curiosos y seguidores se acercaron y le pidieron si podría firmar algunos de sus libros, lo que hizo con gusto. Firmó tanto ejemplares de *Heart Bit* como de *You Will Die* a varias personas, también de su más reciente publicación *Alone With You*.

Respondió algunas preguntas, recibió halagos y, en cuanto terminó, se despidió con una enorme sonrisa para retirarse a descansar.

Sin despojarse del vestido con el que asistió a la cena de gala en la que se realizó la ceremonia de entrega de premios, se tumbó boca arriba en la cama dejando caer los zapatos sobre la alfombra. El pequeño bolso dorado que aun conservaba en su mano comenzó a emitir sonidos mientras vibraba. Extrajo el teléfono del interior y mientras comprobaba en la pantalla quién la llamaba, se lo llevaba al oído.

—Hola —saludó con un suspiro de cansancio, aunque con notorio afecto.

—Hola preciosa —correspondió Craig—. ¿Cómo ha ido? ¿Estás muy cansada?

—Agotada —declaró—. Ha ido bien, todos han sido muy correctos, ya sabes. Aunque, bueno, los rumores y los cotilleos vuelan igual que en cualquier otra parte.

—Sí...

—Me han preguntado varias veces por la película de *You Will Die*, y más de uno lo decía con ese tono tan repelente. En fin, lo de siempre.

—No todo el mundo se alegra por el éxito de otros.

—Lo sé. Y aun así siempre me queda un sentimiento como pegajoso al hablar con personas que sabes perfectamente, porque los ves que tratan de ocultarlo, que solo sienten desprecio. Cambiando de tema, ¿no deberías estar durmiendo? ¿Me confundo de día o mañana empiezas a grabar temprano?

—No, no te confundes. De todas formas, te recuerdo que aquí son tres horas menos que en Nueva York. Quería hablar contigo.

—Y yo contigo. Pero si eso va a hacer que estés más cansado de lo que deberías...

—Al contrario, tu voz hace que mis baterías se recarguen.

—Está bien —claudicó—, pero luego no hagas que la maquilladora se enfade conmigo —rieron.

—¿Cuándo vuelves?

—En un par de días si todo va como Drew ha planeado. De todas formas, no puedo retrasarme mucho porque tengo una reunión en Los Ángeles esta semana.

—Ah, ¿sí? ¿Algo que me puedas contar?

—Me encantaría, Craig, pero sabes que no puedo hasta que esté todo cerrado.

—Ah —suspiró—. Lo sé.

Después de debatir consigo misma si preguntar o sacar a colación siquiera el tema de conversación, la curiosidad pudo más que ella.

—Esta noche me han preguntado mucho por si continuábamos juntos.

—¿Sí?

—Ajá. Y por si había visto unas imágenes tuyas con una chica...

No se atrevió a realizar la pregunta abiertamente. Para empezar, no era una persona celosa y para continuar, a esas alturas conocía muy bien los entresijos del mundo de la prensa rosa y amarilla que rodeaba a los actores y demás artistas; el modo en que trataban de lograr declaraciones a costa de publicar medias verdades o de publicar informaciones fuera de contexto y opinar, más que informar, acerca de la vida y acciones de personas que ni conocían ni les importaba si con ello dañaban o perjudicaban de alguna forma a sus seres queridos, o a las propias personalidades públicas.

—¿Imágenes con una chica? Supongo que me habrán visto con algún

miembro del equipo, ya sabes como son.

—Lo sé. No estoy enfadada —aclaró—. Solo que hoy parecían especialmente ponzoñosos.

—Te entiendo, a mi llevan tiempo machacándome con eso de que si no se nos ve juntos es porque hemos roto y no queremos hacerlo público.

—Lo de pensar en que cada uno tenga su propia carrera, ¿para qué? —comentó molesta—. Mejor rascar algún titular aunque sea incierto —repuso hastiada.

—Tranquila. Mientras tú y yo tengamos claro lo nuestro, el resto puede decir lo que les dé la gana.

—Lo sé. Es solo que hay veces en las que consiguen hacer mella.

—Me muero de ganas por abrazarte, Rebecca. Envolverme en el aroma que desprende tu piel y besarnos hasta que ninguno pueda respirar.

—Yo... —Sus declaraciones le atoraban el pulso y le impedían razonar—. Te echo de menos también.

Colgaron poco después para que él pudiera descansar y ella durmiera algo a su vez. Aquella noche el corazón pesaba un poco más que otras veces y experimentó una sensación recurrente que la embargaba las últimas semanas, y que no le agradaba nada: se sentía expuesta y tremendamente vulnerable. Lo malo de todo aquello era que no conseguía deshacerse de ellas ni discernir si eran resultado de su relación o si esas emociones estaban acentuadas por quién era su pareja.

Era perfecto, el repartidor lo había entregado por la mañana, con absoluta discreción, en ese momento lo tenía entre su pulgar e índice y lo observaba desde todos los ángulos. No podía esperar hasta la noche para sorprender a Rebecca. Sus agendas jugaban en contra de que pudieran pasar algo de tiempo juntos pero Craig había encontrado el modo de preparar una sorpresa romántica para la escritora con la cooperación de Astrid, su asistente personal.

A la hora acordada, se encontraba en el salón de la villa privada de un buen amigo que además le prestó su propio avión particular para poder llevar a cabo su plan. Él que debió viajar a una punta de Europa días atrás y ella que se encontraba en la otra en aquellos momentos, se consolaba pensando que al menos estaban casi en el mismo huso horario, se verían en un punto intermedio, en Italia.

Las vistas del Lago Como eran espectaculares. Cuando ella llegara quedaría impresionada, o eso esperaba Craig. Su ayudante le habría dicho que se trataba de una reunión de trabajo en la que alguien importante quería mantener una reunión privada con Drew, que ya había acudido, y ella, la autora estrella del

momento. Por supuesto, era mentira y solo era una treta para hacerla volar hasta allí.

La terraza estaba lista para la cena, adornada con luces y hermosas cortinas blancas a juego con la mesa para dos en la que resaltaba, como única nota de color, el centro de mesa de rosas rosas y rojas. Las manos le empezaban a transpirar, empezó a pasear por el salón; confirmó con el restaurante la hora de llegada del menú y contactó con la ayudante de Rebecca por correo electrónico para saber que todo iba como debía. Necesitaba saber que todo estaba resultando como había pensado.

Al recibir la actualización de la asistente, se dirigió a la terraza y aguardó de pie junto a la mesa sintiendo el peso del momento sobre los hombros al tiempo que no podía deshacerse de la sonrisa en sus labios.

Escuchó abrirse la puerta y la voz de Astrid indicando a Rebecca que podía tomar un refrigerio en la terraza. Cuán largos podían hacerse los pasos que resonaban en el salón hasta llegar a él...

Tuvo que contenerse por no salir en busca de la mujer que amaba y estrecharla entre sus brazos hasta estar seguro de que se encontraba allí, con él. Hincó una rodilla en el suelo en cuanto el sonido de pasos se detuvo, abrió la pequeña caja azul de la que pendía su nerviosismo en esos momentos y esperó.

La mujer que amaba abrió las puertas francesas y apareció en el centro con un hermoso vestido granate de satén, tan sencillo como elegante. Sus miradas se encontraron y pudo ver cómo la mirada de Rebecca se iluminaba al verlo. En ese instante supo que había tomado la decisión correcta.

—¿Craig? ¿Qué haces aquí?

Se acercó él con una sonrisa que podría competir con la luna de aquella noche en cuanto a belleza y brillo.

—Rebecca Hawkes, ¿me concederías el honor de aceptarme como marido?

—¿Qué es esto? ¿Estás de broma? —la comisura de su labio tembló.

—Nunca he hablado tan en serio —afirmó.

La mirada de la escritora que poseía por completo su mente y su corazón, viajó de sus pupilas hasta el anillo que se encontraba expuesto en el interior de la caja que sostenía en su mano.

—¡Dios mío, Craig! Esto es...

—¿Te casarías conmigo? —repitió, más nervioso que nunca en su vida.

—Sí.

Se puso en pie para abrazar a su futura mujer, se besaron con las fuerzas y las ganas del tiempo que llevaban separados. Extrajo el anillo de diamantes, engarzados en oro blanco, del cojín satinado y, tomando la mano de su prometida, se lo colocó.

Ella lo besó, sus labios eran para él como la lluvia en un campo necesitado de riego.

—Es muy bonito. No necesitabas un anillo para pedírmelo.

—Es que no era solo para eso. Sé lo mucho que te gusta ser práctica y sabía que no aceptarías un anillo de diamantes si no hubiera un buen motivo.

—¿Y solo por eso tenías que pedirme matrimonio? —rió—. ¿Para que aceptara un anillo de diamantes?

—No, solo no. Feliz San Valentín, amor mío.

—Oh, no me digas que hoy es...

—Sí. Imaginé que lo olvidarías, entre tu trabajo y todo lo demás.

—Acertaste.

—Seré un buen marido para ti, cariño.

—Lo sé. Yo intentaré ser una esposa menos olvidadiza.

—No importa. Estaré ahí para recordarte lo que necesites. Y tu asistente.

—Te quiero, Craig Callum.

—Y yo a ti, Rebecca Hawkes, Becca Write, a cada personalidad de ti, a toda tú.

—Feliz San Valentín —musitó ella antes de cerrar la distancia entre sus bocas.

Fin

Josh

La vida de Josh Molsner era una pasada, el sueño de cualquier estadounidense. Actor, bailarín, modelo, cantante y algunas cuantas habilidades más que podría añadir en breve a su currículum. Era todo eso y no podía quejarse por nada.

Josh Molsner era un tío guapo, multifacético, un auténtico anfitrión y una estrella emergente en la industria; su agenda se encontraba repleta de eventos, estrenos, fiestas a las que acudir... Tenía más dinero en el banco que cualquier chico de un hogar de los barrios pobres de Indiana, sin padre y con una madre ausente, podría soñar alguna vez.

Lo mejor que pudo hacer de chaval fue largarse de casa a los dieciséis, dejando atrás a la alcohólica que lo había traído al mundo y empezar a buscarse la vida por su cuenta. Josh Molsner, lo había hecho, demostró que no necesitaba a nadie y que podía, no solo salir adelante, alcanzar el éxito por sí mismo. Y no tenía nada que envidiar a nadie.

Salvo, quizás, porque no tenía a nadie con quien compartir su vida de lujo. A excepción de su amigo Craig. No había nadie por quién suspirar como un imbécil como su amigo lo hacía por la escritora Becca Write; porque sí, esto debía admitirlo, Josh Molsner estaba total y completamente solo.

—Tengo que dejar de hablar de mí mismo en tercera persona. Aunque solo sea en mi mente, empieza a ser preocupante.

Se rascó la zona de la nuez en donde la barba de dos días comenzaba a ser molesta para su comodidad y escapó de los brazos del sillón mullido, en el que llevaba sentado los últimos quince minutos, en dirección a la cocina donde poder servirse un café, un refresco o lo que fuera que le apeteciera. Lo sabría cuando lo viera.

Una vez estuvo frente a la nevera optó por abrir una botella pequeña de agua y se la bebió casi entera de un trago. Miró el gran reloj cromado de efecto modernista que decoraba toda una pared de la habitación y pensó en que, contando con el cambio horario, su amigo debía de estar declarándose, si no lo había hecho ya, en Italia.

Así que Craig volvería a casarse. Probablemente, dedujo que ella diría sí, por el modo en que ambos se miraban, como si el otro fuera una especie de Dios salido de una especie de ensueño. Y él, continuaría siendo su mejor amigo y su padrino. El eterno padrino.

Por lo menos la escritora le caía bien, no era como el resto de fauna del

mundillo del espectáculo y la farándula, ella era una buena mujer, aunque lo que no tenía tan claro si era el tipo de mujer capaz de soportar la vida de un actor de la talla de Craig Callum.

Tal como razonaba parecía que estuviera interesado en la mujer de su amigo, nada más lejos de la realidad, creía firmemente en ello, él solo envidiaba la suerte del bastardo por haber encontrado a esa persona junto a la que ser feliz hasta vomitar azúcar de colores.

—Tengo que buscarme un ligue. ¿Pero quién?

Repasó mentalmente los nombres de su agenda personal de contactos, no le apetecía en absoluto volver a repetir con ninguna persona de las allí plasmadas.

¿Y si asistiera a alguna de las fiestas programadas para aquella tarde?

Quizás entre una multitud ese sentimiento de soledad que se extendía por su ser llegara a difuminarse aunque fuera un poco. Eso haría. Más tarde. En ese momento solo quería pasearse en pijama hasta el sofá.

El ambiente resultaba de lo más cargante, guirnaldas de corazones, globos blancos, rosas y rojos con forma de corazón, querubines colgando de las paredes y vaporosas telas en blanco roto y rosa palo por doquier.

Incluso había un cóctel de bienvenida de dos colores, si alguien piensa en el rosa y el rojo, ha acertado; así daba la mejor fiesta de la ciudad para celebrar San Valentín uno de los artistas mejor valorados del momento. Si así era como daban la bienvenida al día de los enamorados, no pensaba perderse el siguiente Halloween en aquella casa.

Depositó su abrigo en el servicio de guardarropía y se adentró hasta encontrar un lugar libre en la barra en el que pensaba apostarse como si su vida dependiera de ello. Una voz masculina le preguntó qué iba a tomar y respondió repasando las caras de la habitación, sin prestar demasiada atención. O ninguna.

—Hazme un favor y trae a mi amigo Jack.

—¿De apellido Daniels?

—Ese mismo.

La botella apareció junto a un vaso sin ornamentaciones y allí se quedó. Apoyando un codo en la barra, oteó a la gente que se encontraba repartida por el salón y en el jardín. Las puertas que los separaban estaban completamente abiertas, haciendo que interior y exterior se complementaran.

Una mano golpeó su hombro con firmeza.

—Hey, Josh.

Miró los dedos que sujetaban su hombro y siguió la extremidad hasta

encontrar la cara del dueño, aunque ya sabía de quién se trataba.

—Alfred...

Alfred Maning, actor de culebrones y películas para televisión, como él. Llevaba colgada del brazo a Amber Fey, una explosiva modelo y actriz con la que había coincidido alguna que otra vez en plató. Los tres habían trabajado juntos en distintos papeles y aunque los personajes de Alfred nunca fueron *partenaires* de los de Amber, detrás de las cámaras se sabía que solían verse en la intimidad. En realidad, era un secreto a voces que la actriz preparaba sus diálogos entre sábanas.

Aquel era uno de los motivos por los que él jamás sintió ganas de acercarse a ella y no recibían mucha mejor valoración por su parte los que aprovechaban el afán de triunfar a toda costa de la joven.

Por otra parte, el ansia de Alfred porque se conociera en todos los círculos su relación, no sólo con aquella mujer, también con cuanta pasara por su... cama, hacía sospechar respecto a la verdadera inclinación del actor. Por lo menos a Josh. Bien, podría ser que se tratara solo de un gilipollas más, sin embargo, ser gay y gilipollas no estaba reñido tampoco.

—Qué curioso verte aquí... —pronunció altanero el recién llegado.

—Pues fíjate que a mi me parece de lo más normal encontraros allí donde haya público y alcohol. Por algo lo llaman valor líquido. —Alzó su vaso a modo de brindis dirigido a la pareja y bebió un buen trago.

—¿Qué estás insinuando? —El reflejo del miedo en la carade Alfred bajo esa fachada de desaprobación, le indicaban que tal vez sus sospechas no iban tan desencaminadas.

—Oh, ¿parecía una insinuación? —Sonrió como un completo cabrón.

—¡Bastardo! —Espetó el otro hombre y se alejó deprisa dejando a Amber allí plantada.

—No me extraña que no tengas pareja y debas acudir a este tipo de fiestas...

—Se supone que vosotros estáis juntos y, sin embargo, aquí estáis —escupió con el mismo veneno que ella lo había hecho—. ¿O tal vez esperas encontrar a quién, de verdad, te caliente por dentro?

—¿Y qué? ¿Quieres hacerlo tú? ¿Con tu vara?

—¿Vara? Me refería a alguien que pudiera ser capaz de calentar tu corazón, pero está bien saber cuán malpensada eres. Eso puede jugar en tu favor. —Le guiñó un ojo mientras daba otro sorbo de su vaso.

La joven se acercó, posó una mano en el centro de su pecho y acercó su rostro hasta que notó su aliento en los labios. Josh continuó impertérrito.

—Una noche conmigo y tu cama estará tan caliente que no querrás que me marche de ella.

Amber restregó de forma sutil su mano contra su entrepierna aprovechando que sus cuerpos, unidos de aquella forma, tapaban la vista del resto de invitados, su cercanía no produjo ningún cambio ni suscitó interés alguno en él.

—Cariño, yo no reciclo el material que otros desechan —dijo con la misma voz seductora que la modelo había utilizado.

—Cerdo impotente...

—No te equivoques, es solo que no he desarrollado interés por la zoología.

La mujer se alejó de él casi tan deprisa como había hecho su acompañante. Vació el contenido de su copa y la rellenó de nuevo.

—Me sorprende que no le haya dado una bofetada. —Escuchó el murmullo de una voz cercana. Se volvió y se encontró con el camarero, de pie al otro lado de la barra, sacando brillo a unos vasos de tubo y a unas copas de cóctel, sin levantar la cabeza ni apartar la mirada de su labor.

—Eso se debe a que, seguramente, no lo haya pillado. ¿Quién sabe? Tal vez lo haga más tarde y se arrepienta de no haberlo hecho. —Se encogió de hombros.

—Sinceramente, dudo que lo haga.

El chico se alejó para atender a otros invitados en el lado más alejado desde su posición. Al verlo estirar su cuerpo para dar alcance a una botella de los estantes más altos, se percató de que llevaba un rato observándolo.

En verdad era joven, de piel ligeramente bronceada, moreno con el cabello repeinado con gomina hacia atrás, largo por el centro y rapado sumamente corto por los costados, bien afeitado con un labio inferior el doble de grueso que su labio superior, cara redonda y facciones suaves.

Su cuerpo en cambio, no parecía tener nada de suave, bajo el chaleco negro y la pajarita, se adivinaba un cuello y hombros fuertes. Al verlo inclinarse mientras servía una bebida, podía adivinar los músculos de sus piernas ocupando todo el ancho del pantalón. Y su trasero lo rellenaba, respingón, en una sorda llamada a la adoración.

Si Josh tenía un fetiche, eran los culos, daba igual el género, un buen culo, era un buen culo. Y debería apartar la mirada de aquella sugerente curva porque su pene estaba empezando a reaccionar.

Habló con productores, realizadores e incluso con directores de distinta índole dentro de la industria del entretenimiento. Cuando una productora con un culo de infarto lo siguió al baño y le hizo insinuaciones, le costó horrores despedirse de aquel mullido cojín que lo llamaba, pero lo hizo porque sabía que

estaba más bebido de lo que debería y que, en aquellas circunstancias, se arrepentiría al día siguiente.

Así que entre fogosos besos, apretando el glorioso trasero con sus manos pretendiendo abarcarlo todo, logró hacerla entrar en razón, aduciendo el mismo argumento, aunque enfocándolo en ella.

—No quiero que despiertes mañana y te arrepientas de lo que has hecho esta noche —dijo con firmeza.

—Además eres sensible. —Ella lamía su cuello y movía su cadera acariciando su pene erecto.

No es que fuera alguien especialmente sensible; en realidad, conocía demasiado bien la industria como para saber que si ella terminaba por arrepentirse de lo que hicieran, se sentiría avergonzada, y eso, tal vez, lo llevara a ser rechazado en algunos papeles porque una noche, medio borrachos, se acostaron.

—Sí. Te doy mi teléfono personal y si mañana sigues pensando lo mismo, me llamas. Y quedamos otro día para repetir esto, sin tanto alcohol de por medio. Te aseguro que los dos lo disfrutaremos más.

—Está bien. Eres sensato. Eso me pone todavía más. Te llamaré.

—Cuento con ello. —Se despidió mentalmente de su trasero y esperó que no tuviera que aguardar demasiado para tenerlo de nuevo entre sus dedos.

Finalmente entró en el servicio y enfrió su rostro y su cuello con agua, poco a poco, su miembro dejó de dar saltos de alegría, hizo lo que había ido a hacer y regresó a la barra después de lavar los restos de carmín de su rostro con la ayuda de papel higiénico humedecido.

Cuando comprobó que había terminado con el contenido de media botella pensó que era el momento de retirarse. Aunque primero necesitaba despejar su mente y llamó al camarero con la intención de pedir un café.

Su falta de costumbre a beber de más, le hizo imposible articular correctamente su petición.

—Cafffé... Vvvoy... Cc...Caasa.

La respuesta que recibió también se le hizo ininteligible, como sus propias ideas y pensamientos.

Apoyado en la barra, agarrando con las dos manos una taza de humeante café solo, el olor lo atrajo lo suficiente para hilar más de dos pensamientos seguidos. Bebió hasta terminarlo.

—Eh, cuidado... Es el tercero que te tomas. ¿Estás mejor?

Alzó la cabeza, que en aquellos momentos le pesaba demasiado, y se encontró con una mirada tan oscura como el café que acababa de ingerir. Luego el blanco, en contraste con el negro de su pajarita, llamó su atención y le hizo

bajar la vista hasta el fornido cuello. Se trataba del camarero.

—Sí. Debería irme a casa —respondió—. Gracias por el café.

—Y por cuidar de ti —añadió sonriente.

Lo miró con la incomprensión reflejada en sus pupilas.

—Más de un par de personas han querido aprovechar tu estado de completa ebriedad de hace un rato. Sin embargo, creo que alguien inconsciente e incapaz de juntar dos monosílabos no debería ir a casa con alguien que lo mira como si fuera un filete.

—Entonces, gracias por eso también. ¿Quién sabe de los brazos de qué tierna belleza me habrás salvado? —murmuró sarcástico.

—Si ya estás mejor, déjame pedirte un taxi.

—Claro.

—¿Otro café?

—Por favor. Creo que lo necesito.

Llevándose el teléfono a la oreja, se giró y regresó con un bolígrafo y una servilleta cuadrada de color rosa pálido.

—Escribe en esa servilleta tu dirección para poder dársela al conductor.

Hizo lo que le pedía y apoyó la mejilla sobre su puño en una postura en la que trataba de mantenerse en pie. Se dio cuenta de que la fiesta ya no estaba tan concurrida, ni por asomo, de cómo lo había estado antes. De hecho la sala y el jardín estaban prácticamente vacíos.

La mano en su codo lo regresó a la realidad pues se había perdido de nuevo entre sus propios pensamientos inconexos. El camarero, con una chaqueta oscura de piel sintética estaba de pie junto a él, a su lado de la barra.

—Vamos, tengo el coche fuera, te acompañaré.

—¿Y el taxi?

—Hoy seré tu Uber.

—Pero...

—Ya he terminado mi trabajo por esta noche —aseguró—. Vamos, cuidado que el suelo está algo pegajoso en algunos puntos. Agárrate a mí, así no te caerás.

Aceptó que él pasara el cuello por debajo de su brazo y lo sostuviera con firmeza por la cintura. Salieron sin apenas tambalearse de la casa. ¿Cuánto rato había estado sin sentido, de pie, en la barra?

—¿Puedo preguntarte algo? —Decidió que lo mejor sería preguntar a quién había estado allí toda la noche.

—Claro.

—Cuánto he estado... No consigo recordar...

—¿Inconsciente? No lo sé. No parecías dormido, solo aturdido en algún

momento —explicó.

—Vaya. Espero no haber hecho ninguna estupidez —Suspiró.

—No me lo ha parecido. No acostumbras a beber demasiado, ¿verdad?

—Una copa máximo. No sé qué me ha pasado esta noche.

—¿Mal de amores? —Se volvió hacia él sin comprender—. Es San Valentín.

—Mantuvo su expresión interrogante—. Déjalo, pensé que igual...

—No tengo, lo que se dice, un corazón que se pueda romper. Ni nada a lo que se le pueda llamar relación. O pareja.

—Vaya...

—¿Qué?

—Eres todo un cínico.

—Es imprescindible si uno quiere sobrevivir en Hollywood.

—Ya veo. ¿Así que, si alguien quisiera mantener una relación contigo...?

—Lo compadecería.

—Woa... Eso duele.

—¿Por qué? ¿Estás interesado? —Sonrió cerrando los ojos al tiempo que recostaba su cabeza hacia atrás en el asiento.

—¿Eres gay? —repuso el camarero como respuesta.

—Lo cierto es que no. No me fijo en ese tipo de cosas tampoco.

—¿Tipo de cosas?

—Etiquetas. ¿Por qué hay que tener una para que te guste una persona u otra? Lo importante es lo que hay bajo el capó. —Señaló con el índice su propia cabeza—. Eso es lo que creo.

—¿Quieres decir que te da igual si estás con hombres o mujeres? —preguntó, como era de esperar tras escuchar su razonamiento. Usualmente, con las pocas personas con los que había compartido su opinión al respecto les había chocado su forma de afrontar las relaciones. A excepción de Craig. No por nada se trataba de su mejor amigo.

—Exactamente eso. Da igual como sea la persona físicamente. Es difícil de entender para la mayoría, estoy acostumbrado.

—No. Creo que lo comprendo. Y lo admiro, ciertamente. Yo soy gay. Solo me atraen los hombres.

—No hay nada de malo en ello. Es como está programada la mayoría de la población, hacia un tipo concreto de personas. En cambio yo... Debo tener algún defecto de fabricación —comentó con sorna.

—¿Sabes? No estoy de acuerdo. Eres la persona más honesta que he conocido en esta ciudad. Y eso de que te sientas atraído hacia la propia persona, sin fijarte en el envoltorio, me parece de lo más romántico.

—Yo no soy romántico.

—Lo eres. Más de lo que piensas. Creo que eres mucho más sensible de lo que quieres dejar entrever.

—A lo mejor eso es lo que quiero que pienses. Soy actor. Esto podría no ser más que una burda actuación para impresionar a un joven aspirante.

—¿Cómo sabes que...?

—Vamos, esto es Los ángeles. Aquí hay más camareros aspirantes a actores por metro cuadrado que piscinas.

—*Touché*. Hemos llegado.

—Está bien, espera. —Abrió la verja con el mando a distancia que extrajo de su bolsillo y avanzaron con el coche hasta la entrada del garaje—. Ah... —Suspiró y se frotó la cara con ambas manos—. Mañana tendré que volver a recoger mi coche.

Abrió la puerta y bajó los pies a la calzada, cerró y se agachó para hablar con el camarero de nuevo. Esperó hasta que él bajó la ventanilla de su utilitario.

—Gracias, otra vez. Abriré la verja desde dentro para que puedas salir.

—No me has preguntado mi nombre.

—Cierto, no lo he hecho.

Y con aquellas palabras se apartó de la ventanilla del coche y comenzó a caminar hacia la puerta de entrada de su casa.

—Es Evan.

Escuchó la voz elevada del joven, se volvió y lo encontró apoyado en la puerta abierta de su vehículo, medio cuerpo dentro, medio fuera.

—Un placer, Evan. Suerte.

Dio la espalda de nuevo al chico y se alejó a paso lento.

—Quiero volver a verte. —El camarero alzó la voz para ser escuchado a pesar de que se alejaba de él.

—Eso no va a ser posible si no tienes una pantalla de televisión en donde sea que vivas.

Llegó a la puerta y preparó las llaves en su mano. Una impetuosa fuerza lo volteó agarrando sus hombros.

—Si esta va a ser la última vez que te vea, al menos déjame despedirme como es debido.

—Chico, esto no ha sido ninguna cita —sonrió haciendo gala de todo su cinismo.

—Lo sé —respondió él antes de plantar su boca sobre sus labios.

La temperatura aumentó drásticamente cuando sus lenguas entraron en contacto. Evan removió algo en Josh que creyó marchito hasta la muerte, hacía mucho. El beso empezó del mismo modo en que había comenzado, de forma brusca. El camarero metió la mano en su bolsillo y extrajo una servilleta que

puso en el interior del bolsillo de su cazadora.

—Ahí está mi número de teléfono y mis señas de contacto, Josh.

—¿Conocías mi nombre?

—Esto es Hollywood. Hay más actores que bares, ¿recuerdas?

En esta ocasión fue su turno para darle la espalda y subir al coche.

—Eres un tipo curioso. —Fue su turno de elevar el volumen de su voz para que lo escuchara.

—Llámame. Feliz San Valentín.

Arrancó y dio la vuelta al utilitario para salir de cara a la calle, Josh entró para activar la apertura de la verja y observó en el monitor la imagen que la cámara de la entrada le devolvía.

—Evan, ¿eh? ¿Qué te parece eso? —Con una risita incrédula subió las escaleras de su vacía casa hacia su solitaria habitación sin poder apartar de su mente el beso que le acababan de dar, ni su sabor—. Feliz San Valentín.

Fin

Allie y Dylan

Dylan subía las escaleras hacia la planta superior de la casa de Allie, recorrió el pasillo hasta situarse frente a la puerta cerrada del dormitorio. Plantó su mano abierta en la madera a sabiendas de que cedería y así fue.

La habitación estaba bañada en una increíblemente bella luz blanca que lo cegó momentáneamente, aunque no le impidió adentrarse. Una vez allí, despacio, sus ojos fueron adaptándose y pudo reconocer los muebles.

En la esquina, mirando hacia el exterior, en la ventana, encontró una figura familiar, un hombre. Estaba convencido de que debía conocer al tipo, aunque sin verle la cara no lograba recordar de qué.

—Gracias —dijo el desconocido.

—¿Por qué? —Se interesó él.

—Por cuidar de ella —respondió el otro hombre con sencillez.

—¿Allie? —No obtuvo respuesta—. Es una persona muy especial para mí —aseguró.

—Y para mí.

El hombre se volvió con una sonrisa dirigida hacia él. Se trataba de Andy. Lo reconoció por las fotografías que Allie conservaba en su casa y por los vídeos que le había comenzado a mostrar hacía poco.

Llevaba unos pocos meses saliendo con aquella extraordinaria mujer. Desde que la conoció por casualidad una noche, en la que salía de casa de Agatha, su madre, después de una fiesta. Con ella sentía que su vida estaba completa. Como si hubiera encontrado el lugar al que pertenecía y, sencillamente, todo lo demás encajó. Como si la vida o el destino, o lo que diablos fuera, se hubiera propuesto darle la razón.

—No me malinterpretes, pero... ¿Qué haces aquí, Andy?

—Siempre estoy aquí —repuso—. Cuidándola.

—La quieres mucho.

—La amo —declaró—. Igual que tú.

—Lo sabes.

—Por supuesto.

—¿Fuiste tú? ¿Tú nos uniste? —Su curiosidad le pudo y terminó por preguntarlo.

Negó con la cabeza antes de responder.

—Estabais destinados. Debíais encontraros, amaros. Del mismo modo en que ella y yo teníamos conocernos y amarnos.

—No lo entiendo.

—No tienes por qué —concluyó.

—Puedes estar tranquilo, protegeré a Allie con todo lo que tengo. Con todo lo que soy. La quiero más que a nada ni nadie en este mundo —aseveró.

—Lo sé.

—No sé si es porque tengo tu corazón o por alguna otra razón, pero no voy a renunciar a ella. Bajo ninguna circunstancia.

—No tengo nada que ver con tus sentimientos. —Hizo una pausa, como si de pronto hubiera recordado algo—. Hacía mucho que no escuchaba su risa, tiene una sonrisa preciosa, ¿verdad?

—La tiene.

—Contínua haciéndola feliz.

La luz se intensificó tanto que tuvo que cerrar los ojos. Cuando los volvió a abrir se encontraba tumbado en la cama, en aquella habitación que había visto en sueños, la mujer que amaba abrazaba su cintura mientras dormía con la cabeza sobre la almohada muy pegada a su hombro. Sentía en su piel cada respiración de su hermosa novia.

—Ha sido un sueño —dijo sorprendido todavía por haber conversado con Andy, el novio fallecido de Allie.

—¿Mmhh...? —Ella movió su cabeza con perezosa lentitud y la reacomodó en la almohada, no sin antes besar fugazmente su hombro—. ¿Qué pasa?

—Nada. He tenido un sueño de lo más extraño.

—Ah, ¿sí?

—Ajá.

Allie medio abrió un ojo para mirarlo.

—¿Qué hora es?

—No lo sé. Parece que está amaneciendo.

—Vaya, siempre he querido despertarme al alba en mi día de fiesta. Por fin lo he conseguido.

Le encantaba su sentido del humor, ácido, cínico, sarcástico; era ella en su esencia más pura.

—¿Qué creías? Si vamos a estar juntos, tienes que estar al tanto de mis andanzas nocturnas.

—Cierto. ¿Qué ha hecho mi *Arrow* particular esta noche?

—Aplastar al malvado Dr. Sueño con mis ronquidos —respondió.

Las carcajadas inundaron el dormitorio. Encajaban de tantas formas posibles que parecían haber sido moldeados para ello.

Decidió guardar para sí el extraño sueño que había tenido, aceptaba de buen grado que Andy formara parte del corazón de Allie, no tenía ninguna clase de

inseguridad al respecto.

Ella quiso quitar las fotografías de los dos de su habitación. Él trató de hacerle entender que no le suponían ningún problema, no quería apartar ni relegar a su anterior pareja, había sido una persona muy importante en su vida. Al final la convenció para que, en lugar de guardarlas las pusiera en algún otro lugar de la casa. Finalmente, las había repartido por el salón y el corto pasillo que conducía a la cocina.

De aquella forma podían honrar y recordar a Andy.

Las convulsiones debido al ataque de risa comenzaban a mitigarse; la mano de Allie vagaba ahora por su pecho, acariciándolo. Bajo su contacto, su piel reaccionó, erizándose, sintiendo el agradable cosquilleo que hizo despertar al deseo a todo su cuerpo. Su miembro ya palpitaba con aquel sencillo gesto.

Se giró hasta colocarse de lado en la cama, mirando hacia la preciosa mujer que tenía al lado, compartieron una larga mirada mientras las sonrisas se apagaban para dar paso a algo mucho más profundo.

Pudo ver el momento exacto en el que la llama se encendía dentro de las oscuras pupilas de ella, muy probablemente, respondiendo a la que desde hacía rato ardía en el interior de las suyas.

Él fue el encargado de realizar el primer movimiento. La besó con suavidad, dejando que el mapa de sus labios se dibujara en los de él, quería que permanecieran allí, como un sello lacrado, como un tatuaje imperecedero que les indicara el lugar exacto en el que habían estado, al que debían regresar.

Un besó llevó a otro y pronto sucumbieron a la necesidad de saborearse a una mayor profundidad, se sumergió en las sensaciones que su boca creaban en él, siempre dispuesto a explorar nuevos y desconocidos rincones.

Terminaron haciendo el amor, sin prisas, disfrutando del momento, del otro, de cada sensación creada y enlazada para compartirla, hasta que las primeras luces de la mañana dieron paso a un sol potente, tan radiante como resplandeciente.

Permanecían unidos, respirando pesadamente, ni él ni ella parecían tener ganas de sucumbir a la realidad que trataba de abrirse paso a través de la ventana.

Un rugido quebró en dos el silencio instaurado en la habitación, tanto uno como la otra presionaron sus labios para evitar reír, aunque no fue suficiente, unas temblorosas sonrisas escaparon a su control y las risas les siguieron raudas.

—¿Ha sido tu estómago o el mío? —preguntó Dylan.

—Pues si no has escondido a un tigre mientras dormía, creo que hemos sido los dos.

—Deberíamos bajar a desayunar algo. —Leyó lo que su juguetona mirada

pretendía mencionar—. Algo más, quiero decir —añadió.

—Yo no he dicho nada —se escudó ella.

—Oh, he visto cómo tu lasciva mente lo escribía justo ahí, en tu frente.

—¿En mi frente?

—Sí, como una calcomanía.

Allie saltó de la cama entre risas en dirección al cuarto de baño; tras darle unos segundos de ventaja, la siguió para añadir un poco de chispa a su aseo matutino. Al fin y al cabo, era un día festivo para ambos, bien debía notarse de algún modo, ¿verdad?

Ah, despertar junto a Dylan era mejor de lo que una hubiera podido imaginar. Había recobrado la sonrisa y la alegría, desde que lo conoció. El hecho de que poseyera encerrado y protegido en su pecho el corazón de Andy había sido un hermoso plus añadido.

Al principio dudó, su cabeza la acosó con pensamientos de todo tipo, sin embargo, el más persistente era: ¿sabría Dylan que estaba con él por quién era y no por tener el corazón de su anterior amor?

Durante los pocos meses que llevaban juntos, Allie había llegado a quererlo, sus sentimientos se habían descongelado, renacido, y todo fue gracias a la irrupción en su vida de ese justiciero moreno de ojos verdes que hacía a su sangre cabalgar por sus venas como una manada de caballos salvajes.

Sus noches no eran tan largas, y ya no tenía pesadillas, por lo menos no tan a menudo. Esa persistente sensación de andar arrastrándose por la vida había desaparecido y podría parecer una tontería, pero se sentía más ligera.

Andy estaba en su corazón, Dylan lo sabía igual que ella y no le importaba. Su anterior novio siempre estaría allí, tendría un hueco de honor en su vida, en su memoria. El hombre con quien compartía sus días actualmente era consciente de ello, y no solo no se sentía amenazado por la sombra de su pasado, la alentaba a no apartarlo ni a esconderlo, contribuyendo a que no se sintiera en culpable.

Ella era la vívida confirmación de que se podía amar a dos personas con la misma intensidad.

Estaba nerviosa. Era catorce de Febrero y tenía un regalo para Dylan con el que esperaba no estar precipitándose, pero si algo le había enseñado la vida era la fragilidad de la que estaban hechos los seres humanos.

Pensaba en los últimos años como en una oscura neblina en la que había estado inmersa y de la que acababa de liberarse, emergiendo de nuevo, aunque distinta. Era cierto, había cambiado, no era la misma ni retornaría a serlo.

Meditaba al respecto como en la transición de las mariposas, solo que, en su caso, había pasado de ser una mariposa, a otra, lo que cambiaron fueron sus colores.

Después de una larga ducha, porque con Dylan acompañándola no podría ser de otro modo, se pusieron unas camisetas de algodón y un pantalón de pijama cada uno. Él había traído algo de ropa a su casa después de ayudarla a clasificar el armario, anteriormente ocupado por las prendas de Andy y que fueron donadas a la beneficencia. A excepción de algunas cosas que guardó por ser las favoritas de su anterior pareja. El armario se veía vacío desde entonces.

Además, le gustaba ponerse de vez en cuando una prenda de Dylan pues conservaba su olor y eso la ayudaba a calmarse. La tranquilizaba, del mismo modo en que lo hacía su presencia. Tenía ese efecto en ella.

Así que lo haría, sí, le daría el regalo que tenía pensado, a pesar de no saber cuándo hacerlo. ¿Por qué sus manos habían comenzado a transpirar?

Ocupando su lugar en la estrecha silla de madera blanca de la mesa para dos de su cocina, observó al hombre moverse entre fogones preparando lo que él decía era su especialidad. Lo que venía a ser un desayuno completo con tortitas tan finas como *crêpes*, huevos revueltos con jamón y cilantro, tostadas y zumo de naranja recién exprimido.

Allie pensaba que un desayuno como aquél podría alimentar a dos o tres personas, pero nunca dejó nada en el plato. Tal vez, alentada por no permitir que pensara que despreciaba sus esfuerzos o su comida, o, tal vez, porque realmente hacía demasiado que no comía por disfrute sino por supervivencia.

Esa era otra cosa que él cambió en su vida; la comida volvía a tener sabor.

—Listo.

Colocó dos platos en la mesa con los huevos y las tostadas, luego trajo otro con las tortitas y por último depositó los vasos de zumo. El café era de lo que Allie se había encargado y hacía un rato que estaba sobre la mesa, enfriándose.

Como buen día de fiesta en el que ninguno debía acudir a trabajar, se tomaron su tiempo para comer entre risas y bromas. Disfrutando de su mutua compañía.

—Si sigues cocinando así para mí los fines de semana, terminaré por no poder moverme.

Estaban junto a la pila, recogiendo los platos.

—¡Qué va! Esto es un buen desayuno. Necesitas muchos de estos; además, después de hacer ejercicio es lo mejor. —Alzó una ceja inquisitiva, retándola a que lo contradijera.

—Ejercicio, dices. Si a eso llamas tú ejercicio...

No pudo terminar la frase, Dylan se le abalanzó, pero no se dejaría coger tan

fácilmente. Echó a correr hacia el salón con él a la zaga.

La atrapó junto al sofá y alzando su cuerpo en un fuerte abrazo, se dejó caer de espaldas sobre el mueble, arrastrándola en el camino. Terminaron inmersos en una guerra de cosquillas que los arrojó al suelo. Allí se encontraban revolcándose de un lado a otro, golpeando la mesa de centro, el lateral del sofá, sin huida, escape, ni ganas de encontrarlos.

—¡Vale, vale! Bandera blanca.

—Nada de eso, princesa. —Dylan aprovechó su rendición para tomar sus manos y colocarlas contra el suelo por encima de su cabeza y sujetarlas allí, quedando sus caras muy unidas, con la respiración agitada y tratando de recuperar el aliento que la risa les había robado.

—¿Princesa? ¿Eso te convierte en un pirata?

—Un pirata... —consideró la idea—. No, prefiero lo del justiciero nocturno.

—Y yo. Los piratas me hacen pensar en hombres sucios, sin dientes y a menudo mancos o cojos.

—Menudo plan, si me ves como un lisiado.

—Algo duro como un mástil sí que tienes...

—Provocadora...

La boca de su novio cayó sobre la suya sin contemplaciones. La hora de los juegos había llegado a su fin.

Faltos de resuello, con las piernas y los brazos enredados todavía, permanecían en el salón, delante del sofá. Pensó en lo mucho que le agradaba esa plenitud, la despreocupación de no tener prisa por nada, solo estar allí, así juntos. Era todo lo que alguna vez pudo soñar y ahora, tenía la suerte de tener.

De pronto Allie comenzó a vestirse, con movimientos perezosos la imitó, quedando ambos sentados como si de un pic-nic en el parque se tratara.

—Tengo una cosa para ti —dijo con una sonrisa tímida.

—¿Para mí?

—Ajá.

Se sonrojó. Le pareció tan adorable que una mujer como ella aun pudiera realizar esa acción...

—¿Y qué es?

—Espera aquí y verás —ordenó con dulzura antes de levantarse y dirigirse hacia las escaleras.

—Está bien —se resignó.

Escuchó sus pasos en la planta superior. ¿Qué estaría tramando?

Pensar en ello le arrancó una sonrisa impulsiva, nerviosa, sincera.

—¡Cierra los ojos! —gritó ella desde arriba.

—¡Vale! ¡Ya está! ¡Los tengo cerrados! ¿Vas a bajar con un picardías? — bromeó.

Pensó en la sorpresa que tenía preparada para Allie aquella noche. La iba a llevar a cenar a un bonito restaurante donde había encargado una tarta especial de postre y mientras comían el delicioso y cremoso pastel, depositaría junto a ella la discreta cajita que contenía un conjunto de pulsera, colgante y pendientes con esmeraldas engastadas. Un regalo especial para una mujer especial.

—Eh... Pues no. Pero ya sé con qué sorprenderte en otra ocasión.

Maldita fuera su lengua, ahora no podría deshacerse de aquella imagen mental que lo asaltó y que reafirmó su entrepierna con una potente necesidad carnal.

Sintió su presencia, el aroma que desprendía su cuerpo, su cabello, era inconfundible para Dylan con los ojos cerrados o no. Supo que se había posicionado delante de él, su rodilla rozó la suya.

—Ahora, abre los ojos.

Cumplió su orden al pie de la letra y clavó su mirada en la de Allie, era tan bella, por dentro y por fuera, que le robaba el aliento.

—El mejor regalo del mundo —pronunció con convicción.

Ella rió.

—Aun no lo has visto, no sabes qué es —replicó.

Con un gesto de sus cejas lo impulsó a mirar hacia abajo. Allí, entre ellos, estaban los brazos extendidos de su novia con las manos unidas, que claramente, escondían algo en su interior. Al fijar la mirada allí, Allie abrió las manos destapando una silueta metálica.

—Es una llave —dijo él haciendo hincapié en lo evidente.

—Sí. La llave de esta casa. Dylan Hengan, me encantan los momentos en los que estamos juntos, quisiera que no terminaran nunca. Ambos sabemos lo efímera que puede ser la vida y lo maravilloso que es encontrar algo como lo que tenemos, me haces ser mejor persona y me gustaría seguir creciendo, contigo. ¿Quieres venirte a vivir conmigo?

Miró de aquella llave en la palma de su mano a sus pupilas, así unas cuantas veces. Se había quedado completamente en blanco, su mente parecía haber realizado un *reset* sin permiso. No podía creer que todos sus sueños se estuvieran haciendo realidad, solo tenía que decir una palabra y todo lo que siempre quiso sería suyo.

El problema era que se le había formado un enorme nudo en la garganta y no podía pronunciar siquiera aquella única sílaba.

Alargó la mano, tomó la llave y la levantó para observarla más de cerca apoyando el codo en su rodilla. Con firmeza posó sus ojos en ella que aguardaba expectante, alargó el otro brazo y la tomó por la nuca haciendo que se inclinara hacia él que salió a su encuentro. La besó con fuerza, con intención de dar respuesta a su pregunta aunque esta no pudiera ser escuchada.

Al romper el hechizo, ella lo observó muy de cerca.

—¿Eso es un sí?

—Sí. —Se sorprendió al haber recuperado el habla—. Por supuesto que sí. Es el mejor regalo que me han hecho nunca. Te quiero, Allie.

—Y yo a ti. Vamos a vivir juntos —reflexionó en voz alta.

—Sí...

Se abrazaron estrechamente, era difícil poner palabras al cúmulo de emociones más allá de la felicidad que se asentaban en su pecho en aquel momento.

—Dylan.

—¿Sí?

—Feliz día de San Valentín.

—Feliz San Valentín a ti también, cariño.

Fin

Gin

La vida le sonreía. En especial cuando ella era una reconocida actriz de la industria del cine de Hollywood que había estado casada con uno de los actores mejor valorados de los últimos años y que, recientemente, había sido escogido como el hombre vivo más sexy del mundo.

Ah.... Sí. Los paparazzi la seguían, los periodistas querían conocer cada uno de sus pasos... A la mierda Craig Callum. Gin Alexander, había tenido que usar su apellido de soltera de nuevo, todavía era alguien. Su carrera volvía a encauzarse y esta vez, no metería la pata viendo cómo escapaba la gallina de los huevos de oro.

Perdió mucho tiempo cazando a la futura promesa del cine y ¿para qué? Para que la dejara en la estacada cuando llegó a la cima. Y eso que ella contribuyó a que su éxito fuera posible.

¿Quién llamó a los paparazzi para que los fotografieran y copar las portadas de blogs, portales de noticias y revistas?

¿Quién lanzó bulos que más tarde desmentirían acerca de su relación, de él...?

La continua presencia y exposición fue lo que logró que él asistiera a algunos de los mejores *late night shows* de Los Ángeles, eso le otorgó la oportunidad de tener la cobertura mediática y la presencia necesarias para estar de moda y, por tanto, para que le ofrecieran más papeles, cada vez más jugosos.

Ahora debía apuntar mejor, a un lugar donde no requiriera tanto esfuerzo, hacia alguien que ya tuviera lo que necesitaba.

¿Tal vez un cantante de los que tanto se escuchaba hablar últimamente?

Por ser ella quién era, la prensa se haría eco de su relación, la carrera del escogido tomaría la directa hacia la cima y ella podría vivir cómodamente, como siempre quiso.

Por supuesto, continuaría trabajando pero solo en lo que quisiera y fuera bueno para su futuro profesional. Menos mal que Don, el agente de Craig, le había enseñado cuatro cosas al inútil de su agente y ahora le ofrecían mejores papeles e intervenciones.

Lo hizo tan bien en *Dancing With the Stars* que le llovían las ofertas, aunque, como era de recibo para una estrella de su talla, se estaba demorando un poco en responder cuál sería el papel por el que se decidiría a continuación. Aunque, si la querían, deberían demostrar su interés genuino.

Ojeaba una revista del corazón aprovechando el descanso de su

entrenamiento matinal hasta que una noticia le provocó tanta ira que la cerró de golpe y la lanzó al suelo, lejos de ella.

¡Maldita fuera! Estúpida escritora roba maridos...

Si ella no se hubiera interpuesto en su camino, habría podido recuperar a Craig. Ahora ni siquiera Josh le respondía sus llamadas y estaba absolutamente convencida de que aquella extranjera tenía la culpa porque, si no recordaba mal, Josh siempre la observaba. A ella. Era una actriz de gran talento y belleza, y no podría tenérselo en cuenta, era una mujer menuda, de cabello moreno y ojos verdes; el sueño de cualquier tipo, ¿para qué engañarse?

Sin embargo, nunca dio el paso. Algo normal, era el mejor amigo de su entonces, todavía marido, pero cuando se quedó libre y empezó a hacerse más presente en la vida de ese actor de culebrones en alza...

Todo parecía ir según sus planes. Estar con él supondría reflotar sus carreras y hacer daño al imbécil de su exmarido. Dos pájaros de un tiro.

A pesar de todas las ventajas, Molsner no quiso saber nada de consolarla y la dejó sola cuando lo tenía todo planeado para seducirlo la noche en que lo llamó por última vez. Se las pagaría, haría lo que fuera, lo juraba, encontraría el modo de hacerle pagar aquella humillación.

La puerta de la sala privada que solían usar unos pocos para su entrenamiento personal se abrió y David, uno de los bailarines que conoció en *Dancing with the Stars* entró con su mochila al hombro, una toalla al cuello y una botella de agua en la mano.

—Oh, buenos días, Ginebra.

Se habían estado encontrando allí de forma habitual, de hecho, fue él quien le recomendó aquel mismo gimnasio al que estrellas y famosos solían acudir dada la privacidad que la dirección del centro ofrecía a sus clientes más selectos.

—David...

—¿Entrenando?

—Un poco, hay que mantenerse en forma.

La habitación era un espacio multifuncional que se utilizaba también para clases de danza que era lo que ella había estado haciendo antes de sentarse a descansar un rato.

—¿Te importa si me uno?

Dejó su mochila de deportes junto a la de ella en una esquina de la sala, donde se encontraba el equipo de música.

David era un bailarín y coreógrafo profesional, trabajaba en el programa y también daba clases en algún gimnasio, ignoraba si las impartía en aquel o en algún otro, y a nivel particular.

—Por supuesto que no.

El hombre tomó asiento frente a ella y comenzó a realizar estiramientos de suelo en los que ella le siguió; al fin y al cabo, era mucho mejor hacer ejercicio en compañía, de ese modo resultaba menos aburrido.

El mantenimiento de su cuerpo formaba parte de su trabajo y era una tarea que se tomaba muy en serio, aunque cada vez le resultara más tediosa.

Ya en pie, continuaron estirando los músculos de las piernas apoyándose uno en el otro con una mano en el hombro, luego los del tronco superior para terminar con una serie de movimientos circulares de pies y manos.

—¿Te importa si pongo el disco que he traído? Estoy creando una nueva coreografía.

—Ah, ¿sí?

—Mmhmm... —respondió abstraído momentáneamente mientras extraía el CD de un lateral de su mochila y se acercaba al reproductor—. Es para un nuevo musical del que me han pedido que sea el coreógrafo oficial.

—Eso es fantástico.

Observó sus movimientos fluidos y la forma en que sus bíceps y los músculos de su antebrazo se movían mientras guardaba su CD actualmente en el interior de la minicadena e insertaba el que había traído, empezó a sentir un conocido calor interior.

Aquella parte de la anatomía masculina le fascinaba de un modo que disparaba su libido sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Tragó saliva y apartó la mirada.

Cuando él se reunió con ella en el centro de la sala, Gin se limitó a mirarlo a través del espejo de la pared que ocupaba todo un lateral, evitando sus ojos.

David comenzó a marcar los pasos sin la música, le explicó la historia de la canción y del baile que había creado. En su paso por el programa le habían felicitado en varias ocasiones por recordar rápidamente las coreografías que les imponían. Parecía tener una habilidad especial para ello.

En un momento dado, debía elevarla mientras ella mantenía las piernas muy juntas y en tensión, su punto de apoyo serían los brazos de él. Luego, al bajar, quedarían frente a frente y Gin debía entonces colocar sus brazos en su hombro y realizar un paso previo a otro giro.

Cuando él creyó que estaba preparada puso la música y empezaron la danza, como era normal había pasos que erró pero en su mayoría, cumplió, en especial ese levantamiento con giro posterior en el que no pudo evitar acariciar los tensos músculos del brazo del bailarín.

—Eso que has hecho...

—Oh, lo siento, me salió así.

—No, ha quedado muy orgánico, me gusta.

—Y a mi —coqueteó, resiguiendo con la mirada la zona que había acariciado.

—Desde el principio —propuso él.

Bailaron de nuevo, repitiendo hasta en tres ocasiones la danza desde el principio hasta el final. En cada ocasión, sus caricias se acentuaban y multiplicaban. Una aquí, otra allá, sus ojos coincidían y podía percibir claramente el aumento de la temperatura corporal de ambos debido al ejercicio y ese algo más que flotaba entre ellos.

La cuarta vez que realizaban la danza, su cuerpo palpitaba salvajemente y, al realizar el alzamiento, sus caras permanecieron muy unidas. Al bajarla, sus bocas se fundieron y sus cuerpos se pegaron como dos imanes con polos opuestos.

La dureza que apreció de cada músculo del cuerpo masculino no hizo más que aumentar sus necesidades desatendidas durante algún tiempo ya. Las lenguas se enrollaban sin pudor, las manos de ambos tenían tanto por abarcar que era un caos de extremidades.

—¡Dios! Quiero follarte —dijo David sin tapujos.

—Hazlo.

—¿Aquí? Podría entrar alguien.

—Entonces hazlo rápido.

Sin ceremonias, buscaron la firmeza del suelo, las apresuradas manos del hombre agarraron la cinturilla de su pantalón elástico y su tanga a la vez y se los bajó hasta las rodillas, con una mano liberó su miembro lo imprescindible. La mirada de Gin se clavó en el trozo de carne rosada, erguida y preparada para la acción. Lo deseó, podía notar su cuerpo llorando por volver a sentir todas aquellas sensaciones.

David sujetó sus piernas en alto, cogiendo sus tobillos con una sola mano. Él estaba arrodillado ante Gin que recostaba la espalda en el suelo. Sorprendentemente, no la embistió de inmediato, buscó con su mano el lugar en el que ambos deseaban que insertara su miembro y la acarició íntimamente.

Por extraño que pareciera, esa acción le dio vergüenza y Gin supo que sus mejillas se encendieron como semáforos, la exploración masculina se intensificó y mostró una gran destreza encontrando los puntos erógenos en ella. Cuando el ritmo de su dedo sobre el clítoris adquirió un ritmo frenético, extrajo su dedos del interior húmedo y presto a recibirlo cambiándolos por su tenso apéndice que la llenó por completo.

Ginebra trataba de no gemir pero lo cierto era que, por primera vez en mucho tiempo, el placer y las sensaciones que experimentaba durante, lo que para ella siempre había sido un trámite, un coito para saciar sus necesidades

básicas o para conseguir algo, la desbordaban. Hasta tal punto que fue necesario tapar su boca con la mano, incluso se mordió en el reverso para no gritar.

Su cuerpo estalló en todas direcciones. David se dejó ir después de proporcionarle el orgasmo más maravilloso que alguna vez pudo sentir.

—Oh, joder... —acertó a jaldear.

—Eres magnífica —pronunció él entre profundas respiraciones para recuperar el aliento.

Bajó sus piernas, liberándola, colocó su miembro de nuevo en el interior de sus pantalones y la ayudó a recuperar el estado anterior de su ropa. Una vez vestidos de nuevo, se miraron con intensidad. Todavía estaban de rodillas en el suelo.

—¿Nos vamos? —propuso.

Gin se había quedado con unas ganas impresionantes de volver a tenerlo dentro.

—¿Dónde?

—Mi casa estará vigilada por los *paparazzi*.

—En la mía, entonces.

Le dio una dirección, podría dejar el coche en el aparcamiento comunitario del edificio, él lo dejaría en la calle. Salieron cada uno por su cuenta, en direcciones opuestas, Ginebra dio algunas vueltas antes de ir al lugar acordado. Aparcó y, como le indicó, fue al ascensor. Al llegar a la planta, no tuvo que llamar a la puerta, había subido su mochila de deportes, como él propuso, de modo que, en un momento dado, les pudiera servir como excusa.

David le arrebató la mochila dejándola caer al suelo en la entrada de su apartamento, cerró la puerta sin miramientos y comenzaron a quitarse la ropa en tácito acuerdo. Pasearon la vista por el cuerpo del otro. Por el fuego hirviendo en sus pupilas no había nada que no les agradara.

Continuaban en el recibidor, él se arrodilló enfrente de ella y atacó con su boca el lugar que todavía palpitaba debido al orgasmo anterior.

—Tenía tantas ganas de probarte...

—Oh, joder... —Gin se agarró a su cabello, presionándolo contra sí cuando sintió su lengua bordear el camino que lo conduciría al interior que lloraba por recibir su asalto de nuevo.

—Tan mojada.

—David, ahora. —Tiró de su cabello para que se levantara. Quería que la poseyera, que repitiera lo que le había mostrado en el gimnasio. Quería sentirse otra vez igual de débil que antes y a la vez, tan fuerte y completa.

Él se puso en pie y le hizo levantar una pierna en un ángulo propio de los bailarines más experimentados, sostuvo su pantorrilla contra la pared y con un

movimiento de cadera, la penetró. La sensación no se parecía a nada de lo que ella hubiera conocido, con las manos presionaba los glúteos de él, apremiándolo.

Al poco, el bailarín le permitió descender la pierna, pero no del todo; apoyó su brazo en la pared tras ella dejando colgar la tonificada pierna de ella en el hueco que formaba el ángulo de su codo. Estaba a punto de correrse, podía sentirlo, pero el momento se le escurría entre los dedos, no lograba alcanzarlo. Entonces David salió de ella de repente y liberó su pierna que cayó al suelo, le dio la vuelta, poniéndola contra la pared y puso sus manos en su caderas.

—Agáchate un poco y dame tu culo.

Obedeció pues ni su voz admitía réplica, ni su cuerpo podría sobrevivir mucho más si no llegaba al esperado orgasmo—. Sí, así.

Su miembro volvió a donde pertenecía y la sorprendió colocando sus ágiles dedos en el punto en el que sus cuerpos se encontraban y acompasando las caricias de sus dedos alrededor del erguido botón de su entrepierna con los movimientos de sus caderas.

No tardó en derretirse entre sus brazos como la mantequilla sobre una tostada caliente.

—Definitivamente sabes lo que haces. —Gin habló pasados unos minutos en los que permanecieron allí, uno tras otro, en el recibidor.

—No me canso de esto.

—Ni yo.

Cogieron las cosas de ella y sus ropas desperdigadas en varios montones a su alrededor y fueron al salón. David la empujó contra la mesa pidiéndole que pusiera sus manos en la madera. Notando el frescor en sus sobreestimulados pezones, su cuerpo reaccionó de nuevo. En esta ocasión, no hubo caricias, no hubo dedos exploradores, solo su henchido y palpitante falo entrando y saliendo de ella.

En su interior, percibió de nuevo cómo se arremolinaban las sensaciones que la llevarían al orgasmo una vez más. Levantó la cabeza y se encontró con una fotografía de David y una mujer rubia, del tipo robusto, abrazados en la cima de una montaña.

La punzada que la atravesó fue tan indescriptible como desconocida para Ginebra. Jamás había sentido algo así.

—¿Quién coño es esa?

Él se inclinó sobre ella y tomó uno de sus pechos, concentrándose en el pezón, lamió su nuca y, con la otra mano, se apoderó de su clítoris. Su mente se nubló con el enorme placer que le proporcionaba el coreógrafo. Antes de que el placer la absorbiera escuchó sus palabras.

—Esa es mi novia.

¿Su qué?

—¡Hijo de puta! No sabía que tuvieras novia.

—Ninguno de los dos hemos preguntado, ¿no?

Tenía razón, claro estaba, pero su cuerpo y su mente se habían revuelto al descubrir aquello y también era algo completamente nuevo para ella.

—Es de sentido común. Yo no soy el segundo plato de nadie —indignada, empezó a buscar su ropa.

Recuperó sus pantalones y su camiseta, los abrazó contra su pecho. Jamás se había sentido tan poca cosa ni la acumulación de lágrimas detrás de los párpados sin que fuera ella quien lo provocara, pero allí estaba, a punto de llorar después de haber tenido el sexo más espectacular de la historia.

—Espera, deja de recoger ¿quieres?

No le escuchó. Continuó su búsqueda hasta que los brazos de él la rodearon por la espalda cerrándose en un círculo que la apresaba. Entonces la alzó y caminó con ella de ese modo, desoyendo sus quejas y exigencias de que la dejara ir.

Se sentó en el sofá del salón con ella prisionera, la obligó a mirarlo, tomando su cara y poseyó su boca. En contra de su voluntad, Gin se derritió contra él. Que la besara así, con ese sabor a gloria, debería estarle prohibido a un tipo emparejado.

Aprovechó su momento de debilidad para sentarla a horcajadas con un sencillo movimiento en el que, además, entró en ella mientras que con una mano presionaba la parte baja de su espalda para impedirle que huyera.

—No eres mi segunda opción. Nunca pensé que pudiera conocer, así, a este nivel, a alguien como tú —dijo después de separar sus bocas—. Eso es todo. Aguarda.

Alargó la mano hacia la mesa que había junto al sofá, agarró el teléfono, y marcó un número antes de llevarse el aparato al oído.

—Déjame ir, hijo de puta —exigió.

—Ginebra, si te mueves así otra vez, conseguirás que me corra —advirtió él, Sus palabras la hicieron permanecer en la más absoluta de las quietudes. No pensaba proporcionarle placer encima, por mucho que su cuerpo le deseara.

¿Pero qué coño estaba haciendo con el maldito teléfono?

—Hola, soy yo. Sí. No. No, no va a poder ser. No, no estoy ocupado. Estoy cansado. De todo. De lo nuestro. —Escuchaba su parte de la conversación y su boca se iba abriendo con asombro un poco más cada vez—. Sí, eso estoy haciendo. Cortando. Sí. Se acabó. Ahora tengo que colgar. Lo entiendo. Adiós.

Colgó y lanzó el teléfono a la otra punta del sofá.

—Listo.

—Eres un cabrón. —Lo miró de hito en hito.

—Un cabrón que puede hacer que sientas esto —admitió moviendo su cadera, causando que un jadeo escapara entre sus labios—. Y soy todo tuyo.

Aquellas palabras, dichas con semejante certeza, volatilizaron su anterior malestar. Lo observó, apoyó sus brazos en el respaldo del sofá, a ambos lados de su cabeza, acercando su cara a la de él.

—Tú lo has dicho. Eres mío —afirmó—. Como se te ocurra siquiera pensar en dejarme, te corto los huevos. Esto acaba cuando yo lo diga, ¿entiendes?

—Perfectamente. No tendrás que preocuparte por eso, siempre has sido mi fantasía y ahora, por fin, te tengo.

Ginebra tomó el control del acto. Bailó sobre su regazo hasta que lo sintió alcanzar el orgasmo; tras algunos movimientos más, lo acompañó. Terminaron haciéndolo de nuevo en el suelo.

Cuando estaban faltos de resuello, mirando al techo, él la atrajo hacia sí.

—Hey. —Acarició su mejilla y le sonrió.

—¿Qué? —preguntó ella sin alejarse de una muestra de afecto como aquella, algo que haría habitualmente.

—Feliz día de San Valentín.

—Feliz San Valentín.

Fin

Alex y Brendon

No era un día muy distinto a los anteriores en la compañía. Salvo, quizás, porque el amor impregnaba cada rincón y las conversaciones se habían convertido, como cada año ocurría, en monotemáticas.

Todo el personal andaba de un lado para otro revolucionado cual adolescentes en los días previos a su baile de graduación. Entre correos electrónicos, mensajes, envíos de flores y de bombones, la mañana se le estaba haciendo de aquello más larga a Alex, motivo por el que prefirió encerrarse en su despacho el resto del día dada la montaña de trabajo que comenzaba a acumularse.

Era consciente de que algunos empleados observaban cada gesto que Brendon, el Director Ejecutivo, y ella se dirigían. Sin contar que todavía no habían hecho pública su relación.

En lo que a trabajo se refería, mantenían la misma dinámica que antes de Navidad, fecha en la que habían comenzado a salir; un hecho que, por el momento, solo conocía su familia.

Aquel último viaje que realizó a su hogar había resultado agotador por muchos motivos que prefería olvidar, aunque de él saliera algo bueno. Como escuchar a Brendon decir en voz alta a todo miembro de su familia que quisiera escuchar que era su novio. Todavía podía sentir cómo sus mejillas se encendían al recordarlo.

Lo que sí había cambiado eran sus días fuera de la oficina. Más de una vez, él había pernoctado en su piso, uno de esos apartamentos para altos ejecutivos que poseía su compañía, para comodidad y tranquilidad de Alex.

Todavía le era difícil de asimilar que alguien como él pudiera querer estar con alguien como ella. Ir a su casa solo le recordaba cuánta diferencia había entre los dos y se le erizaba la piel al tiempo que la hacía querer huir. Por lo que, siempre comprensivo, fue Brendon quién se adaptó a ella en ciertos aspectos.

Debía admitir que tenerlo en su salón, ver una película juntos en el sofá o cenar en su terraza, era algo que le agradaba mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir. Igual que desayunar en la barra de la cocina compartiendo una charla ligera con su novio.

Por otra parte, su presencia hacía que ella dejara de lado algunas tareas que se llevaba de forma habitual a casa para terminar en el despacho y ello conllevaba que se le acumularan las tareas pendientes para el día siguiente.

Era normal, pensaba, que en una relación incipiente, ambos tuvieran que

hacer concesiones, pero Alex estaba comenzando a acusar esas horas que antes sí dedicaba por entero y en exclusiva al trabajo.

La pasada noche, despertó bañada en sudor hacia la una de la madrugada, sintiendo que se ahogaba. Como él estaba dormido a su lado, no quiso interrumpir su sueño y fue a la cocina para beber un poco de agua. Una vez allí, se dio cuenta de que toda su preocupación se centraba en que no creía tener algunos informes debidamente redactados y una reunión importante preparada al milímetro como era habitual en ella.

Dejó el vaso sobre la encimera, fue caminando al despacho con precaución de no hacer ruido y prendió la luz de la lámpara del escritorio, extrajo la documentación del maletín y se puso a trabajar. Al menos, hasta que él apareció en la puerta antes del amanecer y la instó a regresar a la cama desoyendo sus quejas.

Sentía que su actual relación con Brendon la apartaba de su trabajo como Subdirectora Ejecutiva y eso no podía pasarlo por alto mucho más tiempo, tendría que hablar con él y hacerle entender. Aunque debería buscar el momento adecuado y encontrar la mejor forma de decírselo.

Volvió a comenzar la lectura del informe financiero que tenía ante sí ya que sus pensamientos la habían vuelto a hacer divagar en el mar de dudas en el que se había transformado su mente el último par de meses, o casi.

Estaba descentrada y le disgustaba sobremanera.

Dos golpes cortos en la puerta anunciaron la llegada de Susan, su asistente, poco antes de ver su arreglado cabello aparecer tras la hoja de madera.

—Alex, Brendon me ha pedido que te diga que te adelantes a la reunión que tenéis hoy para el almuerzo. Ha surgido algo y él llegará más tarde. Te pide que le disculpes con el presidente de la Corporación Williams.

—De acuerdo. Avísame cuando sea la hora de acudir a la cita —habló devolviendo la atención a la documentación que tenía entre manos.

—Eh, eso estoy haciendo. Es la hora. Einar aguarda abajo.

—¿De verdad? —murmuró con fastidio pues no había podido terminar de repasar lo que quería—. Bueno, tendré que llevármelo para el camino —masculló contrariada—. Imagino que con el tráfico a estas horas, podré acabar esto como tenía previsto.

En efecto, antes de llegar al restaurante, tuvo las notas y modificaciones que quería que se realizaran listas y enviadas. Cuando el chófer abrió la puerta para que se dirigiera a la entrada del restaurante, necesitó un momento para

recordarse a quién iba a encontrarse.

Chuck Williams, dueño de la Corporación Williams, querían proponer un trato para su Compañía. Cruzó las puertas del restaurante; por lo que vio, parecía estar de moda entre ricos y ejecutivos. Se dirigió a la persona apostada tras un mostrador en la entrada, un hombre con el cabello muy corto, delgado en demasía y pálido como hacía tiempo que no veía a alguien. En un impulso casi le preguntó si se encontraba bien, sin embargo, no hubiera sido adecuado inmiscuirse en la vida del hombre de aquel modo.

Tras escuchar el nombre que Alex le facilitó, el hombre cabeceó informando de que ya la estaban esperando. La acompañó hasta una puerta de madera de cerezo, a juzgar por el tono, con un gran ojo de buey que permitiría a los trabajadores otear el interior en caso de necesidad.

—El señor Williams reservó nuestra sala privada. —Con un ademán la invitó a pasar mientras sostenía la puerta abierta para ella.

Encaminó sus pasos al interior, lo primero de lo que se percató fue que Chuck estaba solo. Ni secretario, ni asesora. Curioso. Por lo que sabía de él era que usualmente acudía a las reuniones con su equipo.

—Señorita Samuels...

—Señor Williams. Espero no haberlo echo esperar demasiado, el tráfico a esta hora es algo digno de estudio. Deberá disculpar a Brendon, unos asuntos han requerido su atención, no obstante se nos unirá más tarde.

—Oh, llámeme Chuck. No es ningún inconveniente, la secretaria del señor Hits ya me avisó. Eso nos deja un tiempo precioso para conocernos mejor, Alex.

La tomó del codo y la invitó a ocupar su asiento. Con todas sus fuerzas trató de no escapar de su agarre como si la mano en su brazo quemara, aunque lo cierto era que no quería que la tocara bajo ningún pretexto o contexto.

—Señorita Samuels —recalcó para que no volviera a tutearla tan libremente. Algo en la voz de aquel hombre le crispaba y erizaba los cabellos de su nuca.

—Mis informaciones eran ciertas, es usted una preciosidad de lo más seria.

—Señor Williams, usted concertó esta reunión con nuestra compañía, tenía una propuesta de negocios para hacernos al señor Hits y a mí. Le escucho.

Como en tantas otras ocasiones había tenido que hacer en un mundo lleno de hipócritas misóginos como el que tenía sentado enfrente, al otro lado de la mesa, lo puso en su lugar en un tono que indicaba poca paciencia para tonterías.

—Oh, ese sí ha sido un buen corte —alabó el hombre—. ¿Champagne?

—No, gracias. Agua para mí.

—No hay prisa, querida. —Empezaba a crispas sus nervios el que se tomara tantas familiaridades que no le había concedido—. Disfrutemos de la comida en este lujoso lugar, estoy acompañado de una mujer bonita, es San Valentín...

—Señor Williams. Me temo que ni yo ni mi compañía estamos habituados a este tipo de reuniones de negocios —remarcó *tipo*—, concierte una cita con Susan, nuestra asistente ejecutiva, para encontrarnos de nuevo en nuestras oficinas en cuanto le sea posible.

—Ah, pero ya estamos aquí. Usted está aquí, yo también... Bien podríamos aprovechar el tiempo y hablar de negocios más tarde. Es usted dura, eso me gusta todavía más. Pero no es bueno hablar de trabajo con el estómago vacío, ¿no cree?

No soportaba la presencia de este tipo, cada vez que hablaba era como escuchar a una serpiente reptando y siseando.

Sin lugar a dudas, su informe de aquella reunión reflejaría este hecho, y su negativa a tratar de nuevo con el señor Williams directamente, en caso de que continuaran haciendo negocios con su corporación en un futuro.

—Prometo comportarme como un caballero. Mi propuesta no les decepcionará.

Si regresaba ahora a la oficina, comería un triste *sandwich* entre papeleo y no era algo que le apeteciera. Escucharía la oferta que fuera que pensaba hacerles aquel hombre ladino y nada más. Aceptó quedarse con un gesto de cabeza.

—Perfecto. Me he tomado la libertad de solicitar una variedad de especialidades. Espero que sean de su agrado.

Con disimulo, extrajo su smartphone del bolsillo del pantalón y por debajo de la mesa, escribió a Susan.

“Creo que la reunión terminará antes de tiempo. Te aviso.”

Escuchó al hombre hablar de las bondades de su corporación y de lo bueno que era en su puesto, algo que era desconcertante escuchar a alguien decir de sí mismo sin rastro de vergüenza.

También le desgranó lo difícil que había sido concertar una reunión con ellos. Alex arguyó que solían tener ocupado gran cantidad de su tiempo, cosa que era cierta. Observó que, como era habitual, a Chuck Williams le gustaba oírse hablar y hacerlo de sí mismo debía de ser su tema estrella de conversación.

En más de una ocasión, habló de que las grandes fortunas tenían el camino más fácil, le pareció que lo sacaba a colación por Brendon, aunque sin una referencia directa.

Por supuesto, más tarde, él mismo habló de su jefe, y actual novio, de una forma que rozaba lo despectivo. Por lo menos habían avanzado en la degustación del menú, pensó. Dudaba que pudiera aguantar mucho más los ataques velados a Brendon y la compañía para la que tantas horas de trabajo había dedicado, así como sus burdos intentos de halagarla.

Alex tenía el estómago cada vez más revuelto.

—Claro que si una persona tan capaz como usted, con sus... talentos, quisiera ampliar sus horizontes, tendría las puertas de la Corporación Williams abiertas.

Su paciencia tenía un límite y éste llegaba a término en ese mismo instante.

—¿Me está ofreciendo trabajo? —Cuestionó sin apenas poder creer lo que estaba ocurriendo en aquella farsa de reunión—. Señor Williams, como dueño de una corporación como la suya, entenderá que nuestro tiempo no puede ser malgastado.

—Entiendo, señorita Samuels. Claro que sí. Comprenda usted que cuando un hombre tiene la oportunidad de almorzar con una mujer, bella e inteligente como usted, en una fecha señalada como es esta, quiera tentarla y tratar por todos los medios a su alcance que lo tenga a uno en cuenta.

—¿Tenerlo en cuenta?

—Como alternativa. Tengo entendido que vive por y para su trabajo.

—¿Qué quiere exactamente, señor? —Se acabó. O hablaba de forma directa o se largaba de allí.

—A usted. En mi empresa, a mi alrededor. Pida lo que quiera y lo tendrá.

—¿Disculpe? Le estaba preguntando por ese trato comercial, el motivo por el que se ha concertado esta reunión.

—Eso también, pero ya que he tenido la extraña suerte de poder verla a solas, no podía dejar escapar mi oportunidad.

—¿Es consciente de que soy Subdirectora Ejecutiva y de que mi salario anual actual pocas empresas pueden permitírselo? Al margen de que me gusta mi trabajo y la compañía para la que lo hago.

—Soy consciente de que cuanto más firme es su tono, más duro me pone. —Dejó el tenedor en el plato a cámara lenta. Aquella situación era surrealista y un despropósito de magnitudes épicas—. No podrá negar que hay química entre nosotros...

—No solo lo niego, le afirmo que ni hay ni habrá ningún tipo de relación entre usted y yo, ni laboral ni privada.

Alex se levantó con la boca del estómago cerrada y el último bocado subiéndolo y bajándolo por su esófago, pugnando por salir.

Agarró su chaqueta del respaldo y se la colocó en un solo movimiento. Alargó el brazo para asir su maletín pero Chuck se le adelantó, la tomó del antebrazo y tiró de ella hacia sí e intentó sujetarla en una suerte de abrazo para besarla. Leyendo sus intenciones, Alex se cubrió, aunque no pudo zafarse de ambos movimientos y, aunque puso un brazo entre ellos para evitar sus labios, él logró rodearla.

—Déjeme ir inmediatamente —exigió.

Ninguno de los dos fue consciente de que la puerta se había abierto hacía apenas unos segundos.

—Vamos, lo está deseando tanto como yo. No se haga la mojigata conmigo ahora.

Alex propinó un pisotón al hombre con el que logró que aflojara su agarre, se deslizó alejándose de él y con la mano abierta le propinó una bofetada que resonó en las paredes de la sala privada.

—No piense que esto va a quedar aquí —dijo controlando la ira y el asco que la habían invadido—. Recibirá noticias de mi abogado —se volvió para encontrar dos pares de ojos sobre ellos.

El *mâitre* miraba de uno a otra sorprendido; Brendon, en cambio, parecía un volcán a punto de estallar.

—No quedará así, no —dijo Williams destilando veneno—. Diga lo que quiera, ejecutiva engreída, es su palabra contra la mía.

—Eso no es cierto. —Brendon habló por primera vez, con un tono peligrosamente belicoso—. Él y yo hemos sido testigos de cómo ha intentado propasarse con la señorita y ella ha tenido que defenderse —añadió señalando con el pulgar al encargado de la sala y a sí mismo—. Alex, ¿estás bien?

—Solo... Salgamos de aquí.

—Recibirá noticias nuestras. Pronto, Williams —advirtió su novio al otro hombre.

Ya en el interior del coche, Alex comenzó a sentir las consecuencias de la situación que había vivido en el restaurante que había abandonado junto a Brendon. Sus manos comenzaron a temblar, el corazón parecía querer salir por su garganta y la impotencia, como sentimiento dominante, provocó que se agolparan lágrimas en las comisuras de sus ojos.

—No debí haberte dejado sola, tendría que haberte acompañado.

—No podías saberlo.

—Va a pagar caro por esto, Alex, te lo aseguro. Tiene suerte de que no le haya partido la cara allí mismo.

—No era cosa tuya, Brendon. Ni era el momento para jugar al novio salvador. Si le hubieras puesto una mano encima me habrías complicado la demanda que se va a llevar.

—Y solo por ese motivo no lo he hecho. Pero ese tipo no sabe lo que se le va a venir encima. Te lo prometo, Alex, deseará no haberte tocado nunca.

—Conociéndote, me lo creo. Gracias. —Lo besó fugazmente en los labios.

Esa noche, su compañía ofrecía una recepción en casa del Director Ejecutivo para altos cargos, socios de negocios y clientes importantes. Por supuesto, se encargaron de vetar la entrada a Chuck Williams o a cualquier miembro de su corporación. Aquella iba a ser la primera recepción que ofrecieran desde que salían.

Con el vestido verde de satén con escote de barca que dejaba los hombros al descubierto, se había refugiado en un lateral de la terraza para escuchar bien al abogado con el que Brendon contactó aquella misma tarde para que llevara su demanda de acoso contra Williams, la llamada la había apartado de la fiesta momentáneamente.

—Ahí estás. —Brendon se acercaba a ella con una copa en cada mano—. Supuse que necesitarías tomar algo.

—Acabo de terminar de hablar con Gabriel, dice que con vuestras declaraciones, mi relato de los hechos y la grabación de la cámara de seguridad del restaurante, es un caso cerrado.

—Suerte que el *mâitre* nos habló de las cámaras de seguridad antes de irnos.

—Sí. Gabriel dice que el juzgado ya ha emitido la orden de petición y requerimiento. Es cuestión de tiempo.

—Sé que este incidente ha sido horrible. ¿Quieres que te disculpe con los invitados mientras vas a intentar relajarte en la biblioteca?

—No. No quiero que un tipejo como ese me aparte de mis planes o me impida disfrutar.

—Me alegra que pienses así, porque esta noche tenía planeado alardear de novia.

—¿Ah, sí?

—Por supuesto. —Deslizó su mano al bolsillo interior de su traje y le mostró una caja alargada de color azul.

—¿Qué es esto?

—Ábrelo.

Notó cómo sus palmas comenzaban a transpirar, le cambió la caja por la copa que le había dado instantes antes y al abrir la tapa descubrió una impresionante pulsera de pierdas preciosas de color verde y blanco que brillaba de un modo increíble y unos pendientes a juego.

—Son Tsaboritas y Diamantes.

—Esto es... No tengo palabras.

—Pedí a Susan que comprara tu vestido para esta noche a juego. Ha acertado de lleno.

—¿Ella lo sabía?

—Por supuesto.

Con un sencillo gesto, dejó las copas en la mesa más cercana y le colocó la pulsera en la muñeca derecha.

Alex se quitó los pendientes que había elegido para aquella noche y los intercambió por aquellos con los que Brendon la estaba obsequiando.

—Espectacular. Estaban hechos para ti señorita Samuels. Estás arrebatadora, increíblemente hermosa.

—Ya que parece haber llegado el momento de intercambiar regalos —abrió el minúsculo bolso y extrajo dos billetes de avión con fecha abierta con un lazo rojo alrededor.

—¿Suecia? —preguntó él al leer el destino.

—Pensé que sería romántico ir a ver las auroras boreales. Ya he contactado con el Hotel Camp Ripa, solo tenemos que cerrar la fecha para la reserva.

—Es... perfecto. Mañana mismo miramos nuestras agendas. —Envoltiéndola en un abrazo firme, compartieron un beso olvidando la fiesta, los invitados y todo lo demás.

—Feliz San Valentín, mi maravillosa, Alex.

—Feliz San Valentín —respondió.

Volvieron a besarse cerrando sus sentidos al resto del mundo, permaneciendo en su propia burbuja de felicidad.

Fin

